

The image is a book cover. It features a woman with long, wavy blonde hair, wearing a vibrant, strapless red gown. She is standing on a railway track that recedes into the distance. The background is a vast, open landscape under a hazy, golden sky, suggesting a sunset or sunrise. Several birds are seen flying in the sky. The overall mood is romantic and evocative.

QUE VOLVAMOS A VERNOS

AMANDA GARCÍA

AMANDA GARCÍA

QUE VOLVAMOS A VERNOS

Que volvamos a vernos

Amanda García 2021 All rights reserved

Kindle Direct Publishing

Paperback edition 2021

Para mi primer y gran amor.

Para mi familia, que siga
viéndome crecer mil años más.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

SEAN BIENVENIDOS

CAPÍTULO 2

LA LARGA NOCHE

CAPÍTULO 3

LA NOVICIA Y EL BROCHE

CAPÍTULO 4

EL RIACHUELO

CAPÍTULO 5

UN NUEVO COMIENZO

CAPÍTULO 6

AVE MARÍA PURÍSIMA

CAPÍTULO 7

UNA VISITA INESPERADA

CAPÍTULO 8

DÍA DE DIFUNTOS

CAPÍTULO 9

EL CADÁVER

CAPÍTULO 10

LOS MALTON

CAPÍTULO 11

SECRETOS A VOCES

CAPÍTULO 12

LA AMA DE LLAVES

CAPÍTULO 13

EL PASADIZO

CAPÍTULO 14

TINIEBLAS

CAPÍTULO 15

LOBO CON PIEL DE CORDERO

CAPÍTULO 16

CERRADA CON LLAVE

CAPÍTULO 17

OSCURIDAD

CAPÍTULO 18

EL DEMONIO

CAPÍTULO 19

PIEDAD

CAPÍTULO 20

QUE VOLVAMOS A VERNOS

CAPÍTULO 21

UN CLARO DEL BOSQUE

CAPÍTULO 1

SEAN BIENVENIDOS

El reloj marca las doce en punto y mi cuerpo me pide escaparme de nuevo. Antes, debo de prepararme para ir a misa, como cada domingo, con mi padre y mis hermanas. He de reconocer que, a pesar de mi querer a Dios, temo aburrirme como de costumbre. Más mi padre, buen hombre desde que tengo memoria, dice que debemos ir y de ese modo honrar a nuestra madre que con Dios descansa en su seno. Pero yo solo quiero que lleguen las cinco de la tarde y poder correr hacia la hemeroteca municipal. Allí, mi refugio, me siento en paz, sin tener que ocuparme de lavar y peinar a mis hermanas o de fregar con esmero el patio. Tan solo se me permite estar hasta las siete fuera de casa, pero para mí es más que suficiente. Carmen, la secretaria del edificio, me ha acabado cogiendo cariño y me deja poder llevarme el libro a casa para poder terminarlo y devolverlo el domingo siguiente. Siempre me dice que estoy invitada a ir cuando quiera y, que, de mayor, seré la mujer con más cultura del mundo.

La misa acaba de terminar y llega la hora de almorzar. Hoy he preparado sopa porque sé que a mi señor padre le agrada y, realmente, es fácil de hacer, de modo que me dará tiempo a tener todo limpio para cuando den las cinco de la tarde y pueda salir.

En mi camino hacia la hemeroteca, veo pasar a multitud de niños jugando con sus padres, abuelos dando un paseo e incluso parejas dadas de la mano. Mi madre siempre me decía que los hombres no traen más que desgracias y que procurase buscar a uno bueno que me cuidase para toda la vida, ¡ay madre, cuanto la echo de menos! Pero la verdad que me llama la atención como será eso de ser querida por un chico. Mi amiga Margarita, con la misma edad que yo, ya tiene fecha para su futura boda con un hombre diez años mayor que ella y, siendo sincera, no es algo que a mí me gustase vivir. Por eso, prefiero ahora vivir las historias de amor que se narran en los libros y ser libre el tiempo que me quede.

—Buenas tardes, Clarita —dice la secretaria.

—Buenas tardes nos dé Dios —respondo educadamente. La secretaria me preguntó qué tal se encontraba mi familia y me invitó amablemente a sentarme y leer el libro que escogiese. Escoger, que difícil decisión. Tantas historias contadas en cada libro que nunca sé por cuál decantarme, hasta que vi uno que me llamó la atención. No era de un tamaño muy grande, más bien mediano podríamos decir, y su aspecto era sobrio y descuidado, como si ya tuviese muchos años. Se notaba que era un libro poco usado, ya que me costó lo suyo poder alcanzarle y tenerle en mis manos. Al sostenerlo, pude sentir que no se trataba de un libro cualquiera. Sus hojas y su portada se encontraban deterioradas por el paso del tiempo y desprendían un fuerte aroma a baúl olvidado.

La intriga pudo conmigo y me dispuse a comenzar a leer la primera hoja, que comenzaba de este modo:

Diario de 1854

Hoy comienza mi nueva vida. Llevo mentalizada de este momento desde bien pequeña y es lo mejor para todos. Es mi sexto día como novicia en el convento de San Cadalso y me produce terror el hecho de sentirme sola. Son las seis de la mañana y me dispongo a ponerme los hábitos y

bajar a rezar a la capilla. Sor María, la abadesa del convento, me estuvo explicando en mi llegada todos los horarios que debía de cumplir. Mi hermano mayor, que me acompañó hasta la propia puerta del convento para despedirse de mí, hizo multitud de preguntas con el fin de quedarse él mismo tranquilo sobre cómo sería mi vida espiritual en aquel lugar. Sé de buena mano que no es de su agrado que tome los votos y me aleje de nuestra bien amada familia, más mis padres así han requerido y mi voluntad es obedecerles. De bien pequeña, me gustaba fantasear con mi hermano acerca de un futuro prometedor y dichoso, en el que viviríamos juntos y felices dedicándonos a aquello que nos apasionará. Sin embargo, a mi corta edad de nueve años, pude entender por mí misma que eso no ocurriría. Mi madre, Magdalena Infante, hija de unos pequeños burgueses, quedó embarazada de su tercer hijo, esta vez un varón de nombre José, que apenas estuvo con nosotros seis meses de su vida. Tras la pérdida de mi hermano pequeño, mis padres cambiaron y apenas mostraban afecto por sus otros hijos. Con tan solo quince años mi madre me anunció que en mi mayoría de edad entraría a formar parte de un convento y me ganaría de ese modo una buena reputación como cristiana. Yo ni siquiera pude intervenir y me resigné a acatar la decisión de mi señora madre.

Son las ocho de la mañana, la misa acaba de terminar y mis entrañas empiezan a rugir hambrientas. Si algo bueno tiene estar en el convento, es que nunca me faltará un plato caliente que llevarme a la boca, aunque bien es cierto que sus inconvenientes tiene también.

Entre estas cuatro paredes la mayor parte de las mujeres son señoras de más de sesenta años de edad, que han decidido dedicar su vida a Dios y, la verdad, que me siento fuera de lugar entre ellas. Por ello, le rezo al Divino para que me envíe una novicia que, como yo, con mi edad y mis temores, podamos compartir el tiempo. Mientras tanto, tan solo me queda aguardar y esperar que el tiempo pase. Al llegar la noche, las monjas me reclaman para reunirnos a rezar por última vez antes de acostarnos, pero un estrepitoso ruido interrumpe nuestras oraciones. Sor María Eugenia decide ir a la puerta principal para ver quién osa llamar a nuestro hogar a tan altas horas de la noche, y yo decido acompañarla por lo que pudiese pasar. Al abrir la puerta, encontramos a un hombre mayor, de unos sesenta años y de buen parecer, rodeado de tres caballeros y una joven. Que alegría me llevé al ver a una jovencita de mi edad después de pasar todo este tiempo con personas que me triplicaban los años.

—Buenas noches, Madre. Disculpe tan inadecuadas horas, pero nos ha surgido un percance a mi familia y a mí mismo, y es de extremada gravedad poder hablar con la responsable de su bien conocido convento —dijo el señor de manera firme y respetuosa.

—Buenas noches, caballero. Si me acompaña usted y sus acompañantes, podrán hablar de inmediato con Sor María, abadesa del convento.

Tras pronunciar dichas palabras, el misterioso hombre junto a los caballeros y la joven que la acompañaban entraron sin miramiento alguno con el fin de hablar con la madre superiora. Reconozco que en mi breve vida me había topado con infinidad de hombres y mujeres, pero ninguno de los que había visto se asemejaban a los que vi en esta fría noche. Todos vestían hermosos ropajes, incluso la joven, que lucía un hermoso vestido color marfil y una pámela a juego que dejaba entrever su rostro. La curiosidad cada vez era mayor en mí y las preguntas se agolpan en mi cabeza, ¿quiénes serían?, ¿qué les habría ocurrido?, ¿qué querrán?... Al llegar al salón principal, Sor María nos pidió que abandonáramos la sala a excepción de los invitados, pero la intriga pudo conmigo, de modo que pongo mi fino oído al ras del portón de madera con el fin de escuchar la conversación.

—¿Desean tomar algo? A pesar de que somos una comunidad humilde gustamos de tener buen

trato hacia nuestros invitados —dice la madre superiora.

—No se moleste señora —responde el más joven de los caballeros.

He de reconocer que en él fue en el primero que me fijé. Sus ropajes y su rostro me resultaban conocidos, como si en otra vida nos hubiésemos encontrado.

—Verá usted Madre —continúa diciendo el hombre mayor—. Tan solo venimos de paso. Ayer al alba, mis hijos, aquí presentes y uno mismo, decidimos partir hacia Cañalero para resolver unos asuntos pendientes, pero uno de nuestros caballos sufrió un percance y anduvimos hasta, gracias a Dios, encontrar vuestro convento.

Por ende, nos gustaría alojarnos esta noche y la del día siguiente a ser posible. Siempre y cuando no seamos un inconveniente.

—En absoluto señor... perdone la indiscreción, pero aún no han mencionado sus nombres — responde Sor María

—Mi nombre es Pelayo de Bobosa, y estos son mis cuatro hijos Carlos, Esparto y mis dos hijos menores Felipe y Lourdes —contesta Don Pelayo.

A los pocos segundos, comienzo a escuchar una voz que grita mi nombre “Catalina, Catalina”. Es la madre superiora que me llama para ir al salón principal, y para que nadie sospeche que me había quedado escuchando a través de las paredes, se me ocurre la ingeniosa y desafortunada idea de entrar corriendo a la sala, como alma que lleva el diablo. Pero tal fue mi desgracia, que yo, vestida con los hábitos aún de novicia, tropecé nada más abrir la puerta con tal fin de ir a parar sobre los brazos de Felipe. Enseguida mi rostro se tornó colorado y la vergüenza se apoderó de mí.

—Lo siento muchísimo señor, no era mi intención —digo con un hilito de voz con el fin de disculparme.

—No se preocupe Hermana, ha sido un accidente —me responde amablemente el joven muchacho y me sonrío. Juro que, por un segundo, mientras el muchacho se disculpaba, nuestras miradas se entrecruzaron y sentí que el mundo se había detenido. Pero ese espléndido resplandor de felicidad es interrumpido por la voz de Sor María.

—Nuestra querida Catalina aún es novicia, aunque le queda poco para tomar los hábitos, si es que no tiene más descuidos como los de hoy. Acompaña a los señores y a la señorita a los aposentos de la entrada, las monjas y yo dormiremos juntas en otro lado —me indica Sor María.

Y así lo hago. Acompaño a los invitados a sus dormitorios y me dirijo yo al mío, a sabiendas de que en escasas horas llegará la hora del rezo de primera hora de la mañana.

CAPÍTULO 2

LA LARGA NOCHE

Mi habitación es pequeña, realmente, muy pequeña. Apenas tiene una cama de madera, una pila para asearme y un crucifijo junto a la ventana. Aún recuerdo mi antigua habitación de la casa de mis padres, en la que dormía en ocasiones con mi hermano sin que ellos se enterasen. Si hago una comparación, preferiría estar de nuevo allí, pero soy consciente de que no es posible y me niego a aferrarme a deseos que nunca tendrán lugar. La luna llena alumbra mi cama y me dispongo a tumbarme y cerrar los ojos e intentar dormir lo que queda de noche. Sin embargo, mi cabeza no deja de pensar en aquellos desconocidos y los minutos de la madrugada siguen pasando.

Habrán pasado dos horas desde que decidí acostarme, pero mi cuerpo decide que no debe de seguir durmiendo y procedo a levantarme hasta la despensa del convento, y, con suerte, encontrar algo de comer que llevarme a la boca. La noche es oscura y el silencio predomina en toda la estancia. Siento como el frío hace que mi cuerpo se estremezca y los primeros copos de la estación comienzan a caer. Un trozo de queso y un cuenco de caldo es mi premio por aventurarme a salir de noche de la habitación, a sabiendas de que el castigo por andar a altas horas de la madrugada por el convento no es pequeño. De pronto, un leve ruido interrumpe mis pensamientos y me dispongo a retomar el camino a mi cama por miedo a las represalias de la madre superiora. Siento una sombra que me acecha y comienzo a repetirme de manera clara en mi cabeza: “Catalina, no te asustes, es solo la noche haciendo de las suyas”, y de este modo y con este pensamiento continúo con mi andadura hacia mi habitación. La sombra, que en principio parecía inofensiva, se encuentra cada vez más cerca de mí y mis pies apremian el paso, y cuando me quiero dar cuenta estoy corriendo como alma que lleva el diablo por los pasillos del convento. Estoy asustada, más bien, muy asustada. Lo que solo iba a implicar un pequeño tentempié de madrugar se ha convertido en toda una aventura de terror de las que nunca he disfrutado. La oscuridad apenas deja entrever el final del pasillo y deduzco que me encuentro a tan solo diez pasos de llegar a la puerta de mi habitación. Mi cabeza comienza a pensar y pensar, y mi cuerpo, cada vez más cansado por la carrera que me había dado, me pide que descanse ya. Me dispongo a entrar a la habitación, pero justo en el momento en el que mis manos se posan sobre el pomo que abre la puerta, siento una mano que me cubre la boca y una voz que me dice “no grites muchacha, soy yo, Felipe”.

—Dios mío, señorito, que susto me ha dado, pensaba que era otra persona —le respondo con timidez—. ¿Quién va a querer acecharte a estas horas? No era mi intención asustarla —me dice amablemente

—No se preocupe, dígame, ¿se ha perdido

—Pues lo cierto es que sí —me contesta con una sonrisa en la cara—. No podía dormir y decidí aventurarme a buscar algo de compañía en la noche.

¿Compañía en la noche? No sé si este muchacho es consciente de que se encuentra en un convento, no es un sitio de buscar compañías. Mi madre siempre me advertía que los hombres necesitan compañía, pero que yo no soy de esa clase de mujeres. La verdad que en un primer momento me sentí asustada por la presencia del joven, pero poco a poco la conversación fue

siendo más amena y mis nervios se fueron calmando. Parece un muchacho educado y respetuoso, a pesar de venir de una gran familia, lo que me resultó algo insospechable en un primer momento.

—¿Cómo acabaste aquí? —me pregunta de una manera firme y con interés. La verdad que no me esperaba la pregunta, ni siquiera yo sabía qué hacía aquí, yo no quería estar en el convento

De modo que procedí a responderle como pude

—Mis padres querían que estuviese aquí porque sabían que de este modo nunca me faltaría de nada. No es lo que siempre he querido, pero aquí me tratan muy bien y me considero una persona afortunada. ¿Y tú? ¿Qué futuro tienes? Supongo que un futuro espléndido lleno de lujos —le dije con un tono un tanto desagradable

¡Cómo le he podido decir eso! Las altas horas de la madrugada me están haciendo enloquecer y mostrar confianzas que no deberían existir entre una persona como él y una persona como yo. Pero lo cierto es que me intriga su respuesta. Seguramente me responda de manera orgullosa sobre sus proyectos de futuro y su futuro matrimonio con una joven de su nivel en una maravillosa casa de campo. Ojalá yo fuese esa joven y no fuese la novicia que le entretiene una noche y de la que jamás recordará ni el rostro. Pero espera, ¿qué estás pensando Catalina? Tú eres novicia, tu compromiso es con nuestro Dios y no tienes derecho a pensar esta clase de cosas.

—Catalina, ¿me sigue escuchando? Parece tener la sesera en otra parte —su voz interrumpe mis pensamientos y me doy cuenta de que no le he prestado la mínima atención mientras me hablaba.

—Si disculpa, estaba pensando que hora sería. No me gustaría que nos sorprendiesen las hermanas de charla cuando llegue la hora del rezo —respondo.

—Claro, tienes razón. Creo que es hora de que volvamos cada uno a nuestro dormitorio antes de que el primer rayo de luz asome. Ha sido un placer conocerte, esta vez sin tropiezos, Catalina. Que pases una buena noche. —Y al terminar la frase, le veo marchar sonriéndome a medida que avanzaba.

A pesar de que me siento avergonzada por los pensamientos que he tenido y por no haber prestado atención a su historia, siento que ha sido la mejor noche desde que llegué al convento sin duda alguna.

Está amaneciendo y presiento que en breves comenzará Sor María Eugenia a llamar a las puertas, de modo que me dispongo a ir a mi habitación y descansar el tiempo que me queda antes de empezar el nuevo día.

CAPÍTULO 3

LA NOVICIA Y EL BROCHE

“A despertar, es la hora del rezo” son las dulces voces que resuenan en las paredes del convento y me hacen despertar de mi plácido sueño. Para haber descansado apenas un par de horas, me siento con ganas de afrontar este nuevo día y ayudar en las tareas que me toquen realizar. Aquí, los días se hacen muy largos si no te aferras a alguna labor, y por eso mismo, me paso las horas de la mañana en el pequeño huerto que hemos creado. Cuando llegué al convento por primera vez, me sorprendí de que no contasen con un pequeño huerto para surtirse, como si tenían el resto de conventos. Por ello, tras muchas horas de insistencia a Sor María, conseguí convencerla para que me dejase plantar en el pequeño terreno de detrás de la torre. Al comienzo, las hermanas del convento se mostraban reacias a la idea y se negaban a colaborar conmigo, pero al tiempo se fueron animando y se ha convertido en el principal pasatiempo de todas.

La capilla del convento es también pequeña, de modo que tenemos que hacer filas para poder entrar a rezar a primera hora de la mañana. Yo soy la tercera esta vez y procedo a entrar a visitar a Dios como cada día. “Padre Nuestro que estas en los cielos, santificado sea tu nombre...” repetimos todas al unísono. Recuerdo que, de pequeña, mis padres nos acompañaban cada noche con el rezo antes de irnos a dormir, pero tras la muerte de mi pobre hermanito, mis padres perdieron toda la fe posible y la religión pasó a un segundo plano en mi familia.

—Catalina, ¿has descansado bien esta noche? —me pregunta la hermana Matilde al finalizar las oraciones.

—Lo cierto es que si hermana —le respondo mintiendo—. He descansado como un recién nacido hasta el alba.

—Qué suerte la tuya. Yo apenas pegué ojo por los ruidos en el pasillo. Alguna hermana se debió de levantar de madrugada, desobedeciendo las órdenes de nuestra superiora. Los pasos se escuchaban de manera clara y hay quien llega a decir que no se encontraba sola.

—¡No me diga usted! —la contesto mostrando un rostro de sorpresa—. ¿Y se tiene sospechas de quién ha podido ser?

—Según me han comentado, el señorito Felipe se levantó de noche a refrescarse, y en el pasillo del ala izquierdo han encontrado un broche dorado con forma de flor. Es cuestión de tiempo que acabemos descubriendo a la pecadora —me contesta la monja.

Dios santísimo Catalina, ¿cómo eres tan descuidada? Y para más inri, el broche que te regaló tu difunta abuela. Sin duda alguna, no tienes perdón.

Tan rápido como puedo, consigo escabullirme entre las hermanas y dirigirme a mi habitación a pensar una cuartada por si sospechasen de mí. Soy consciente de que fue un error salir de la habitación de noche y conversar con un desconocido, pero lo cierto es que no me arrepiento de ello y volvería a repetirlo. Jamás había conocido a un hombre así, atento, agradable y de buen parecer. Pero ahora lo importante es pensar en aquel maldito broche, ¿me habrá visto alguna hermana con él? Lo dudo mucho, pues siempre lo he llevado oculto en el cabello y se me debió de caer al asustarme con la presencia de Felipe. Tranquila Catalina, no va a ocurrir nada, seguro que en un par de días el rumor y la familia Borbosa desaparecen.

Mientras en mi mente no pueden dejar de resonar las palabras “broche” y “Felipe”, unos gritos de socorro me llaman la atención, por lo que abro la puerta de mi habitación para ver que ocurre. Un fuerte aroma a humo inunda el pasillo y pregunto a las hermanas que está sucediendo.

—¡Fuego, Catalina, fuego! Recoge lo imprescindible tan rápido como puedas y sal a la puerta principal —me responde una de ellas.

Presta, tras escuchar esas palabras, guardo en un pequeño hatillo los pocos enseres que poseo y corro hacia la calle sin mirar atrás. Al salir, apenas encuentro a nadie, todas las que han conseguido huir del fuego se han alejado lo máximo posible de aquel convento en llamas. Y aquí me encuentro, desamparada y sin un techo donde dormir. Mirando el lado positivo, ya nadie se acordará de la historia de la novicia y el broche.

CAPÍTULO 4

EL RIACHUELO

Anduve durante tres largos días siguiendo el trascurso del riachuelo hasta llegar al verde prado en el que me hallo ahora mismo. Tras el incendio del convento, sin un lugar al que ir, me replanteé varias opciones.

Por un lado, acudir al encuentro de las hermanas, que intuyo que no se alejarían mucho de la zona, y volver a la vida que había conocido hasta ese momento, cumpliendo finalmente con mi obligación con Dios. Sin embargo, en el momento en el que las llamas se adueñaron de los fríos muros del convento, me sentí libre, por primera vez en mi vida. Tenía la oportunidad de escapar de un destino que me había sido impuesto, y por eso debía de huir hacia donde el río me guiase.

Por otro lado, pensé en mis padres. Mis pobres padres, ¿qué será de ellos? Siempre pienso en ellos, sobre todo en mi madre que de seguro me echa en falta. Pero a pesar de mi deseo de estar con ellos, actué de manera racional, sin dejarme llevar por los sentimientos y decidí que no sería una buena opción.

Antes de ingresar en el convento, mis padres se replantearon mi casamiento con un hombre del pueblo a cambio de una buena dote. Yo apenas conocía al que en un futuro hipotético sería mi esposo, ya que me doblaba la edad. Cuando me enteré de la noticia, corrí a buscar a mi hermano mayor para suplicarle que no permitiese que me casasen tan joven con un desconocido. Mi hermano, que siempre fue muy protector conmigo, consiguió convencer a mis señores padres para rechazar el compromiso y, en su lugar, ingresaría en un convento al cumplir mi mayoría de edad. Es por ese motivo, que acudir al refugio de mi hogar me resulta una mala idea.

El prado está húmedo y mis ropajes más de lo mismo. Necesito un lugar en el que descansar, al menos un par de horas, para continuar con mi recorrido hacia un lugar incierto. A lo lejos, puedo observar lo que parece ser una posada, y mi cuerpo, decidido a darse una tregua, se encamina hacia él.

—Buenos días, señorita, ¿qué desea tomar? —me pregunta la camarera tras sentarme en el taburete de madera de la barra.

—Buenos días, me gustaría tomar un caldito que me haga entrar en calor, por favor —respondo de manera agradable.

—Claro, enseguida se lo traigo —me indica la camarera educadamente.

La posada es de tamaño mediano, toda de madera y con unas diez mesas al fondo. A la entrada de la puerta hay unas escaleras que deben de llevar a unos dormitorios para que los clientes puedan descansar. Espero que me alcancen las pocas monedas que llevo para poder reposar un poco. Los clientes me están comenzando a mirar de manera extraña e intimidante. La mayoría de ellos son hombres, agrupados alrededor de las mesas y con más de un vino cada uno. Supongo que no deben de estar acostumbrados a ver a una muchacha de mi edad sola en la barra de una posada perdida de la mano de Dios y por eso me miran con recelo, pero no pienso moverme de aquí hasta que no me tome el ansiado caldo que mis entrañas piden. Mientras espero a que la joven camarera vuelva de la cocina, me entretengo contando las moscas que revolotean a mi alrededor. “Una, dos, tres...”, no llegué a contar la cuarta mosca cuando una voz grave interrumpe mi contar.

—¿Se puede saber qué hace una muchacha tan joven y bonita sola en un lugar como este? —me dice un hombre de la edad de mi padre con un aspecto rudo y desaliñado.

En un primer momento, decido ignorarle y seguir contando a los bichitos voladores que se encuentran por toda la sala, pero la mirada fija y descarada del hombre me empujan a darle una respuesta a su pregunta.

—Ando de paso, no pretendo quedarme aquí mucho tiempo —le respondo de manera cortante y pendiente de la camarera, que aún no me había traído el caldo.

—Pues no es un buen lugar para una joven como tú. Aquí hay mucho maleante y puedes correr peligro. Yo, si accedes, me ofrezco a hacerte compañía el tiempo que necesites.

—Muchas gracias por su ofrecimiento, pero no es necesario, solo estoy esperando a que la camarera me atienda.

—Insisto, es mi deber como buen hombre no dejar a una dama sola. ¿De dónde vienes?, ¿nadie te busca?

No quería sonar grosera porque sabía de buena fe que tengo todas las de perder en un lugar como este con un hombre como él. La camarera está tardando demasiado y la preocupación se apodera de mí, de modo que me levanto de la silla para ir en su búsqueda.

—Siento no poder conversar ahora mismo con usted —le respondo al desconocido con la esperanza de que me deje tranquila—. Voy a buscar a la camarera para ayudarla en una labor.

Nada más acabar de pronunciar la última palabra, me levanto y me dirijo al almacén de la cocina. Todo aquí dentro está vacío y no veo a la camarera por ningún lado. ¿Dónde estará? es imposible que haya desaparecido. Me siento sola en estos momentos. Lo que simplemente iba a ser una parada en el camino se ha complicado más de la cuenta. Mis tripas no aguantan más, llevo sin comer varias noches y si no como algo pronto desfalleceré. En lo alto del mueble hay un pedazo de pan y un poco de queso que de seguro la joven camarera no tendrá impedimento en que les dé un bocado. Intento alcanzarlo con mis manos, pero me es imposible, no soy de gran estatura. Ya me lo decía mi hermano siempre, mi tamaño tan pequeño hace que pueda entrar hasta en un botijo. Veo un pequeño taburete al lado de la puerta y me dispongo a colocarlo para subirme en él y alcanzar a coger el trozo de pan. Lo tengo casi en las manos, pero el sonido de la puerta de la despensa cerrándose de golpe me asusta y me desplomo al suelo sin poder evitarlo. “Será la camarera” pienso mientras me levantó tras la caída.

—Perdona que haya entrado aquí. Estaba preocupada por si se encontraba en peligro y llegué hasta la despensa. Pero no pensaba robarle nada, se lo juro —digo mientras me voy incorporando sin ver a quien tengo a mis espaldas.

—No soy la camarera que buscas, pero a mí también me estabas buscando antes —me contesta la misma voz grave del hombre que se sentó conmigo en la barra.

De pronto, un escalofrío comienza a recorrer mi cuerpo y me voy dando la vuelta poco a poco con miedo a lo que pueda pasar.

—Tengo que irme —le digo mientras me dirijo hacia la puerta y agarro el pomo.

—¡De aquí no vas a salir hasta que yo lo diga! —me grita mientras me agarra fuerte del brazo y me da la vuelta.

En ese momento se me cae el mundo encima. ¿Cómo podía haber llegado hasta ahí? Hacía apenas una semana me encontraba rodeada de monjas, rezando a todas horas y plantando patatas en el huerto. Y ahora aquí me encuentro, sola, en el cuarto de la despensa de una posada en medio de la nada y con un desconocido con malas intenciones.

Aún llevo puesto los hábitos de novicia que me proporcionaron en el convento, ya que desde

que se incendió aquel lugar no he podido cambiarme los ropajes. Es un vestido sencillo, de color marfil, que me prestó la madre superiora a mi llegada hasta poder vestir oficialmente los hábitos de monja. La mano del desconocido me levanta el vestido y, rápidamente, me baja las prendas interiores. Apenas estoy siendo consciente de lo que está ocurriendo, y mi cuerpo, paralizado por el miedo, es incapaz de defenderse de aquel hombre. Cuando comienzo a reaccionar de lo que verdaderamente está ocurriendo grito, grito con todas mis fuerzas, pero ya es tarde. Las lágrimas y la sangre comienzan a brotar, pero a pesar de que pido ayuda, nadie acude a socorrerme.

Los minutos se convierten en horas y he dejado de llorar, deseando tan solo que esta horrible pesadilla acabe. Y así sucede. El desconocido se sube los pantalones y se marcha sin decir ni una palabra, siendo consciente de que no me volverá a ver jamás. Y ahí me encuentro, tirada sobre el suelo y con apenas ropa, avergonzada y llorando, sin consuelo alguno.

CAPÍTULO 5

UN NUEVO COMIENZO

Un ventanal con vistas al prado y un tocador de pared es lo primero que alcanzo a ver al abrir los ojos. No sé dónde estoy ni cómo he llegado hasta aquí. Mi mente comienza a recordar lo sucedido y el miedo se apodera de nuevo de mi cuerpo. Lo último que recuerdo fue estar tumbada sobre el suelo de aquella maldita despensa y hoy me despierto en esta bonita habitación. Ni siquiera sé cuántos días habré estado inconsciente, pero quién me haya traído hasta aquí debe de ser una buena persona. Ya no llevo puesto mi vestido, o más bien lo que quedaba de él. En su lugar, un camisón de seda cubre mi cuerpo limpio. ¿Quién se habrá hecho cargo de mí?, ¿dónde estoy?

—Ya estás despierta. Llevas más de dos días durmiendo —me dice una voz que tardo en reconocer.

Es la camarera de la posada, ¿dónde se había metido?, ¿estoy en su habitación? Aturdida ante tantas cuestiones la respondo con el fin de salir de dudas.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

—Te encontré tendida sobre el suelo de la despensa con manchas de sangre sobre la ropa. Me asusté muchísimo y enseguida hice llamar a unos hombres para que me ayudasen a subirte a mi dormitorio. Y aquí llevas descansando desde hace dos noches. ¿Qué tal te encuentras ahora? —me dice con un tono preocupado.

—Mejor, le agradezco que se haya hecho cargo de mí, pero debo de marcharme, bastante ha hecho ya por mí.

—De eso nada señorita —me responde de manera sonriente y decidida—. Te vas a quedar aquí hasta que te encuentres totalmente restablecida, pero primero me debes de contar que te ocurrió aquella tarde.

—Fui atacada —le digo intentando contener las lágrimas de los ojos—. Un hombre mayor se me acercó cuando estaba sola en la despensa y fue...

No terminé de decir la última palabra cuando comencé a llorar y a llorar sin poder ni siquiera contar lo que me había sucedido. Al segundo, la joven camarera me atrapó entre sus brazos y ahora mismo trata de consolarme como si de su propia hermana se tratase.

—Menudo desgraciado. Ojalá Dios le haga pagar por todo lo que te ha hecho. Si le vuelves a ver venir por aquí me lo dices enseguida y rápidamente me encargaré yo de echarle a empujones si es necesario. Pobre criatura, no es justo esto que te ha sucedido. Por eso, te vas a quedar unos días conmigo, además necesito una ayudante para llevar a buen puerto la posada y tú no tienes pinta de llevar un destino en concreto, ¿o acaso me equivoco?

Niego con la cabeza y me quedo mirando al ángel que se ha cruzado en mi camino. Sin duda alguna, ha sido un golpe de suerte. Podría quedarme aquí unos días, no tengo mucho dinero, pero en el convento me enseñaron bien las labores que hacemos las mujeres en las casas y seguro que sería de ayuda. A cambio, dejaría de andar sin rumbo por las calles solitarias y podría descansar

en un cómodo lecho.

—Le estaré eternamente agradecida por lo que ha hecho por mí... —aún no sé ni como se llama mi salvadora.

—Emilia, mi nombre es Emilia Cañejo. Ahora mismo me encuentro dirigiendo la posada sola, aunque pertenece a mi familia. Mi padre se encuentra de viaje, pero regresará en unas semanas, y mis hermanos y mi madre viven en otro lugar. Este no es un lugar violento, o al menos antes no lo era, pero desde que estoy sola dirigiendo la posada no tengo control de quien entra y deja de entrar. Cuento con la ayuda de los hombres de confianza de mi padre, pero la situación se está descontrolando. La mayoría de las habitaciones están ocupadas e incluso algunos hombres tienen el descaro de subirse a mujeres. Pero bueno, lo importante es que vas a estar tú para ayudarme. Vístete con la prenda que más te guste de mi armario y baja a almorzar conmigo y me cuentas tu historia. Te espero en la cocina.

Abro el pequeño armario de la habitación y veo tres vestidos largos de tres colores diferentes: uno color crema, otro color rojo y otro color marrón. En un primer momento, no dudé y cogí el de color crema porque me recordaba a mi antiguo vestido, pero lo pensé mejor y me negaba a volver a llevar una prenda que me recordase al pasado. Me probé el de color rojo, pero nunca he vestido de manera tan atrevida y lo que principalmente quería estos días era pasar desapercibida. Finalmente, me he puesto el vestido de color marrón, aunque me queda un poco grande.

Bajo las escaleras en dirección a la cocina y el olor a comida pronto inunda mis fosas nasales. No recordaba el hambre que tenía, pero llevaba ya varios días sin llevarme ni una mija de pan a la boca. La posada está medio vacía, apenas hay un par de mesas ocupadas y tres hombres en la barra. Al llegar a la cocina, veo a Emilia que está removiendo la sopa en el fogón. Me siento en la silla y espero a que sirva los platos.

—Debes estar muerta de hambre —me dice mientras empieza a colocar los platos en la mesa.

—Lo cierto es que sí, la sopa huele que alimenta. Y dime, ¿cómo eres capaz de encargarte tú sola de hacer las comidas y limpiar la posada?

—He de confesarte un secreto —me dice—. Una conocida de mi madre se ofreció hace un par de semanas a venir por las mañanas a ayudarme con la limpieza de las habitaciones, con el fin de tener yo tiempo de ir preparando la comida hasta que comienzan a llegar los clientes.

—¿Y en qué tarea querrás que te ayude yo? Tengo experiencia limpiando, cocinando, cosiendo...

—Pues si quieres, podrías encargarte de atender a los clientes en las mesas y en la barra, y yo me encargaré de la cocina. Y, por cierto, ¿cómo es que sabes hacer tantas cosas? Aún no me has contado tu historia ni tu nombre.

—Me llamo Catalina. De mi vida no hay mucho interesante que contar. Viví con mis padres y mi hermano hasta cumplir la mayoría de edad y estuve durante un tiempo de novicia en un convento. Por circunstancias de la vida, tuve que salir de aquel lugar y ahora mismo no tengo un lugar al que ir ni una familia con la que refugiarme. Pero soy una muchacha trabajadora y en el convento me enseñaron muchas recetas que podríamos hacer.

Emilia me sonrío y comenzamos a comer. La sopa está deliciosa y mi cuerpo entra en calor rápidamente. Por primera vez en mi vida me sentía en un lugar segura. Además, con alguien joven como yo.

La habitación que la camarera me ofreció para vivir a cambio de mis servicios en la posada es más de lo que hubiese imaginado. Además, me ha prometido que cada vez que me acerque al pueblo a hacer los recados podré quedarme parte de las vueltas. De ese modo, poco a poco iré

ahorrando y me marcharé de aquí en busca de mi propio futuro. Mientras tanto, aquí estoy, encargándome de servir más vino a señores borrachos en la barra y de limpiar los restos de migas de pan de las mesas. Quién me diría a mí hace tan solo un par de meses que acabaría en este dichoso lugar.

CAPÍTULO 6

AVE MARÍA PURÍSIMA

Hoy se cumple mi tercera semana en este lugar. Durante mi estancia, Emilia y los clientes me han acabado cogiendo cariño. Por las mañanas, ayudo a la señora que viene a limpiar con la recogida de ropa sucia y cuando abrimos la posada, me encargo de atender a los clientes como es debido.

Los viernes de cada semana, acudo al pueblo a hacer la compra semanal y recoger lo que Emilia me requiera. Como hoy es viernes, me encuentro de camino siguiendo el trascurso del riachuelo en dirección al pueblo más cercano, que se encuentra a media hora andando. Durante mi camino, voy pensando en cómo ha cambiado mi vida durante este último mes y en como seguirá cambiando, ya que dentro de muy poco regresará el padre de Emilia a la posada y aún no sé si podré seguir con mis labores hasta el momento.

El pueblo, al que acabo de llegar, es pequeño pero bonito. Tiene un alto campanario y un mercado con productos frescos y de buena calidad. “Dos manzanas, dos corderos, veinte filetes...” voy recordando la lista que me hizo Emilia antes de partir. Creo que ya he comprado todo lo que necesito, pero me siento en el banco de la plaza para descansar, ya que las piernas me están temblando.

Desde el día del ataque estoy muy débil, debe ser que me afectó a mi forma física tanto o más que a mi mente. Por las noches, tengo pesadillas con lo ocurrido y por las mañanas, me levanto con náuseas frecuentes. La camarera me dio unas hierbas que tomaba de pequeña para los males de vientre y, lo cierto, es que me están sentando bien, aunque me sigo sintiendo cansada a cada rato.

Deben de ser las doce y las campanas de lo alto del campanario comienzan a replicar. Esto me hace darme cuenta de que durante estas últimas semanas he tenido muy descuidado a Dios. Yo, que siempre he sido devota desde que nací y acostumbraba a confesarme mínimo una vez por semana. Lo cierto es, que en muchas ocasiones he sentido la necesidad de contarle a Dios lo ocurrido, mi honra y mi prestigio como mujer se han visto dañados para siempre. ¿Quién querrá ahora casarse con una mujer a la que la robaron la virtud? Supongo que, si le cuento a Dios de manera sincera y arrepentida lo ocurrido, podrá perdonarme y ser bueno conmigo para que el día de mañana encuentre un buen esposo con el que formar una familia. Es por ello, que me encamino a la iglesia antes de volver a la posada para confesar todos mis pecados.

Al llegar a la parroquia apenas veo gente, tan solo un par de devotas rezando a los pies del altar. No hay nadie en el confesionario, de modo que me dirijo hacia él y me arrodillo.

—Ave María Purísima —digo al comenzar.

—Sin pecado concebida. Dígame hija, ¿qué la ha hecho venir hasta aquí? —me responde el sacerdote.

—He pecado Padre, y de manera irremediable esta vez. Me escapé del convento en el que me encontraba como novicia y acabé como camarera de una posada de mala muerte.

—¿Catalina? ¿eres tú? —me responde el cura con voz de sorpresa.

“¿Me ha llamado por mi nombre?” pienso mientras intento asimilar que está ocurriendo. Cómo

un sacerdote de un pueblo que ni yo misma conozco reconoce mi propia voz. Atónita ante lo que está sucediendo le pregunto.

—¿Cómo sabe mi nombre Padre?

—Porque soy yo Catalina, soy Felipe. Nos conocimos hace unos meses en el convento en el que vivías. ¿Recuerdas quién soy?

—Por supuesto que recuerdo quién eres Felipe, ¿pero ¿qué haces aquí? No logro comprender nada —le respondo totalmente impactada por la situación.

—Sal por la parte de detrás de la iglesia y espérame ahí, que allí podremos hablar tranquilamente —me contesta.

Y así lo hago. Salgo por la puerta de atrás y me siento en las escaleras, esperando a que acuda a mi encuentro. No comprendo nada. ¿Qué hace Felipe aquí?, ¿y por qué ahora es sacerdote? Lo último que recuerdo de él es que era un joven apuesto y encantador que de seguro debía de tener un futuro prometedor con una buena dama, pero jamás llegué a imaginar que sería sacerdote, él no me comentó nada, que yo recuerde. De momento, aguardaré a que venga y me cuente cómo ha llegado hasta aquí.

CAPÍTULO 7

UNA VISITA INESPERADA

—Bueno, empieza tu primero, ¿cómo has llegado hasta aquí? ¿pudiste salir del convento? —me pregunta nada más sentarse a mi lado.

Le miro y no le reconozco con la casulla y el hábito. Pero a la vez, me alegro de haber coincidido con él en el camino, pues pensé que jamás le volvería a ver.

—El convento sufrió un incendio la mañana después de vernos, aunque supongo que tu familia y tú aún os encontrabais ahí, ¿no es así?

—Lo cierto es que vimos las llamas desde lo lejos, pero no pudimos hacer nada para evitarlo. Mi padre insistió en partir de ahí cuanto antes y así hicimos.

—Ya no queda nada del convento. Las hermanas se alejaron de allí y me encontré sola y desamparada, hasta que una joven de una posada cercana me acogió gracias a Dios.

—¿Te refieres a la posada de Emilia? —me pregunta con una sonrisa en su rostro—. Me alojé allí la noche antes de mi ordenación como sacerdote. La verdad es que la muchacha fue encantadora conmigo y me alegro de que te haya recibido de buen grado.

—Pero, cuándo nos conocimos tú no eras sacerdote, ¿no?

—Por supuesto que no Catalina, pero, ¿recuerdas que te conté toda mi historia la noche que nos conocimos?

Ahora que hago memoria, recuerdo que la madrugada que nos conocimos me preguntó sobre mi vida y yo le hice una pregunta un tanto arriesgada sobre la suya. Pero también recuerdo que mi mente se puso a divagar como de costumbre y no me enteré de la misa la mitad de lo que me contaba. Si hubiese prestado más atención, no me hubiese sorprendido con dicho desenlace del joven apuesto y agradable que se cruzó esa noche conmigo.

—Ahora que lo dices, sí que recuerdo algo, aunque he vivido tantas cosas estas últimas semanas que siento que se me olvidan algunos detalles —le digo mintiéndole para no sonar desagradable.

—Cuando nos conocimos, yo me encontraba de camino hacia la catedral en la que se llevaría a cabo mi ordenación como sacerdote y el casamiento de mi hermana. Desde entonces me he quedado en esta pequeña iglesia, ya que siéndote del todo sincero tenía la esperanza de que nos volviésemos a encontrar con el tiempo.

Un sacerdote diciéndome estas palabras, creo que ya he visto todo lo que tenía que ver en este mundo. Sin duda alguna, el joven Felipe nunca ha tenido vocación de cura, pero al igual que hizo mi familia conmigo, le debieron de presionar para que se ordenase en el camino de Dios.

Me gustaría quedarme más tiempo hablando con él, pero Emilia debe de estar esperándome de los nervios por no haber llegado aún con la compra para hacer la comida de hoy.

—Siento tener que decir esto Felipe, pero me esperan en la posada y no puedo demorarme más. De igual modo, sabes donde poder encontrarme —le digo mientras me levanto y me encamino de vuelta a la posada.

—Hoy, a las cinco, en la posada —me responde a voces despidiéndose de mí.

El camino hacia la posada está lleno de baches y madrigueras, que, unidas a mi falta de

equilibrio y al peso que cargo de la compra, hacen que el camino de vuelta se vuelva más tedioso que de costumbre. Además, mi cabeza no para de dar vueltas a lo ocurrido. Felipe, un joven apuesto, ahora sacerdote. Parecen caprichosos los caminos que nos depara Dios.

Al llegar a la posada, me pongo a atender a los clientes de la barra como de costumbre. Hoy Emilia ha cocinado un ternero que huele que alimenta. He de reconocer que mi estancia en la posada me está sirviendo para darme cuenta de que tampoco sabía tantas cosas sobre la cocina. Al fin y al cabo, en el convento apenas teníamos los alimentos que conseguíamos recolectar del huerto y aquello que las monjas obtenían de la caridad cristiana.

Durante la hora del almuerzo, la posada se llena de gente. Hombres que vienen del campo, niños con sus madres, personas mayores que vienen por el buen prestigio de las comidas de Emilia. Mientras atiendo las mesas, los niños comienzan a jugar con las faldas de mi vestido y acaban consiguiendo que tire al suelo la jarra de barro de vino.

—¿Qué está ocurriendo en mi posada? —dice una voz grave y seria mientras limpio el sucio suelo de vino.

Me doy la vuelta rápidamente y veo a un hombre mayor, con un bastón en la mano derecha y un pelo canoso. Enseguida recuerdo que Emilia me avisó de que su padre llegaría en unos días, y caigo en la cuenta de quién es ese hombre.

—Disculpe usted señor. Soy Catalina, amiga de su hija. Llevo unas semanas ayudándola con la barra y las mesas. Siento este destrozo en el suelo, ahora mismo lo dejo reluciente de nuevo —le respondo.

—No te preocupes muchacha —me dice en un tono amistoso—. Si mi Emilia te ha ofrecido trabajo aquí será porque eres una buena muchacha. No te preocupes por mi presencia y sigue con tu labor como siempre. A todo esto, ¿sabes dónde está mi hija?

—La última vez que la vi estaba en la cocina intentando hacerse con el ternero —le respondo entre risas.

El buen hombre se marcha hacia la cocina en busca de su hija y yo resoplo tranquila. Al menos, ya tengo constancia de que el dueño de la posada es una buena persona y dejará que me quede aquí un par de semanas más.

Ya son las cuatro de la tarde y apenas quedan clientes. Recuerdo que Felipe me dijo que se pasaría a verme a las cinco de este mismo día. Estoy un poco nerviosa, aún no sé por qué, pero estoy nerviosa. Dios debe de estar enfadado conmigo por querer ver a un siervo suyo, pero mi intención no es mala alguna. Solo somos ¿amigos?, conocidos más bien. Aquella noche yo tenía un deber con Dios, y ahora el deber es suyo. Él se ordenó como sacerdote y ya no hay nada más que se pueda hacer.

Subo a mi habitación a descansar, ya que últimamente me encuentro más cansada de lo habitual y con náuseas sin fundamento, y a cambiarme el vestido, pues no quiero que Felipe me vea con una prenda manchada de vino. Desde mi habitación puedo ver el prado, verde y amplio, lleno de paz. Observando fijamente, veo un hombre a lo lejos que se va acercando hacia la posada. Anda a un paso rápido, cada vez más rápido. Su rostro no muestra signo alguno. Serio, con la mirada al frente, cada vez acelera más su paso a la posada. Lleva algo en su mano, parece una azada. Algo en mi interior me indica que no es buena señal. Cada vez está más cerca y de un momento a otro le pierdo la vista. Al minuto, escucho como la puerta de la posada se abre y, a continuación, un golpe fuerte, como si de una mesa estampada contra el suelo se tratase. Seguido de ese golpe, comienzan las voces y los gritos. Como no logro entender que dice, decido bajar las escaleras para ver que está ocurriendo.

—¡Vas a morir! ¡Vas a morir! —grita el desconocido.

Al llegar a la planta baja me detengo en la última escalera, oculta del campo de visión del hombre. No puedo terminar de creer lo que mis ojos están viendo, tengo que actuar rápido.

CAPÍTULO 8

DÍA DE DIFUNTOS

El hombre que observaba desde la ventana ha llegado hasta la posada, y no se encuentra solo. A su vera, un perro con pinta de no tener muchos amigos le sigue por toda la sala. Los gritos del hombre siguen sonando, pero, ¿a quién quiere matar?

El desconocido anda sobre el bar de la posada sin descanso alguno, removiendo todo lo que encuentra a su paso. Parece que busca algo y debe de ser de valor para él.

—¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Quién es usted? —dice Emilia al salir de la cocina tras escuchar lo que está ocurriendo.

Aún me sigue sorprendiendo el valor que tiene la joven. Desde el momento que la conocí, siempre se ha mostrado una mujer fuerte como ninguna otra antes había conocido.

—¿Dónde está tu padre? —le responde el hombre con un tono amenazante.

—Ha salido un momento al pueblo. ¿Para qué se le requiere? —le contesta la camarera.

—Tu padre me debe algo y él sabe el que es. Llevo semanas caminando hasta llegar a su posada y de aquí no saldré hasta verle sin vida.

Tras pronunciar estas palabras, Emilia intentó agarrar la cazuela más cercana que tenía, pero el desconocido se adelantó y la tiró al suelo de un empujón.

El miedo me ha dejado paralizada, y ver como Emilia es atacada me hace sentir impotente sin poder hacer nada. Mientras el hombre ata con cuerdas las muñecas y tobillos de la joven, para dejarla inmóvil, la empieza a preguntar si se encuentra sola o hay alguien más en la posada. Emilia niega con la cabeza y el señor comienza a inspeccionar la planta baja.

Al ver como el desconocido entra a la cocina, veo mi oportunidad para desatar los nudos de las cuerdas a la camarera y ayudarla a escapar. Y así procedo a hacerlo. Silenciosamente, bajo la escalera y me aproximo de puntillas hacia Emilia, con tan mala suerte que piso una grieta del suelo de madera. Dos segundos tardó el perro que acompañaba al hombre en escuchar tan leve sonido y corriendo se aproxima hacia mí.

—Brutus, quieto —le indica el hombre al perro—. ¿Con qué estabas sola eh?

Las mismas cuerdas que ataban a Emilia, ahora también me atan a mí. Y aquí nos encontramos, sentadas sobre el suelo de la posada, atadas de manos y pies y mirándonos sin saber qué hacer.

—Dígame que es lo que busca y se lo daré yo sin demora —le dice la joven camarera al señor con ánimo de que nos liberase.

—Tu padre me debe mucho dinero y otras cosas que no tienen precio. Hace un par de semanas me crucé con él, y el maleante de tu padre me engañó. Ahora pagará con su vida, como que me llamo Sancho Espinosa.

El hombre sigue andando sobre la sala esperando a que llegue el padre de Emilia, mientras que el perro nos observaba sin detenimiento. Las cuerdas son viejas y con el roce de la viga creo que podré conseguir soltarme. Por ello, decido entretenerle dándole conversación con el fin de que el perro no escuche el roce de las cuerdas con la madera.

—¿De dónde es usted? —le pregunto.

—No te importa muchacha. Si quieres salir ilesa, mantén la boca cerrada.

—Tan solo quería saber de dónde es. No se le ve una mala persona y seguro que podríamos llegar a un buen acuerdo —digo con afán de apaciguar la situación.

El hombre se calla y me mira. Las cuerdas están a punto de romperse, tan solo necesitan un último tirón fuerte. Pasan varios minutos en silencio hasta que la puerta de la posada se abre y entra el padre de Emilia.

—Padre, padre —grita Emilia al verle aparecer—. Huya, este hombre quiere matarle.

—¿Qué hace usted aquí? —le dice el dueño de la posada al hombre.

—Sabe perfectamente que hago aquí. Me llevaré todo lo que encuentre, pero antes le mataré a usted y a su hija.

Sin que apenas nos demos cuenta, el hombre agarra por la espalda a Emilia y la rodea amenazándola con una pequeña navaja.

—Por favor, le ruego, le suplico, no le haga nada a mi hija. Hágamelo a mí, pero a ella déjala por favor —dice desconsolado el padre de la muchacha.

—Ya es tarde —responde el desconocido.

Nada más pronunciar estas palabras, observo como el padre de Emilia se abalanza sobre la joven empujándola al lado y quedándose tumbado encima del desconocido. Un río de sangre comienza a brotar sobre el suelo de madera, y yo empleo todas mis fuerzas en acabar de romper las cuerdas.

La sangre proviene del padre de Emilia, que ha sido apuñalado en el vientre por la navaja del desconocido. Me levanto y corro a liberar a la joven camarera de las cuerdas, mientras el desconocido se empieza a levantar del suelo y se aproxima hacia nosotras.

Parece nuestro final, dos jóvenes aterradas y acorraladas en la barra de una posada mientras el dueño de la misma se desangra en el suelo sin que podamos hacer nada por ayudarlo. El hombre cada vez se encuentra más cerca y yo comienzo a pensar a quién será la primera que apuñale. Nunca podría haber imaginado que mi final sería así, de modo que cierro los ojos y espero a que llegue el momento definitivo.

De pronto, un fuerte estruendo y el sonido de un cuerpo cayendo al suelo me hace abrir los ojos. Lo primero que observo es al hombre desconocido tendido sobre nuestros pies sin vida, y al subir la mirada veo a Felipe, temblando, con un atizador de chimenea cubierto de sangre sobre sus manos. Mi primera reacción es quedarme mirándolo, sin apenas poder pronunciar palabra alguna, y después corro, corro hacia él a abrazarlo y darle las gracias por salvarnos la vida.

El padre de Emilia se encuentra muy débil, ha perdido mucha sangre, de modo que nos disponemos a subirle rápidamente a la habitación mientras taponamos la herida.

Parece que todo ha pasado, pero, ¿qué haremos ahora con el cadáver?, ¿se podrá recuperar el dueño de la posada? No tengo respuesta aún para todas las preguntas, pero lo que sí sé es que debo de estar agradecida de poder estar un día más con vida en este inaudito mundo.

CAPÍTULO 9

EL CADÁVER

Habrán pasado dieciséis horas desde lo ocurrido. El cadáver se está empezando a descomponer y desprende un fuerte hedor, que se ha extendido por toda la posada.

Desde esa tarde, la posada ha permanecido cerrada y en su interior solo nos encontramos Felipe, Emilia, su padre, el cuerpo yacente del desconocido y yo. Respecto al estado de salud del padre de Emilia, parece que se recuperará y le rezo a Dios por ello. La puñalada no fue muy profunda y con unas curas y vendajes conseguimos que dejase de sangrar. Ahora queda la parte decisiva, ¿qué hacemos con el cadáver? Para más inri, cabe destacar que la persona que llevo a cabo el golpe final del desconocido fue un sacerdote, un representante de Dios en la tierra. Es por ello que, en ningún momento, se nos pasó por la mente decirle a la guardia o a cualquier otra persona lo sucedido aquí dentro.

Felipe se encuentra ahora dando un paseo por el prado sin alejarse demasiado de la posada. Llevo mirándole por la ventana de mi habitación desde que salió ayer a la noche y puedo ver en su rostro la preocupación. Lo cierto, es que me siento responsable. Si no hubiese acudido a la iglesia a confesarme, no me hubiese reencontrado con el pobre Felipe y, por ende, no hubiese venido hasta aquí a verme. Pero, por otra parte, soy consciente de que si no hubiese sido por él ahora mismo no estaría viva para contarlo.

Se acerca la hora del mediodía y tengo que preguntarle a Emilia qué va a ocurrir hoy. Probablemente no se abra la posada hasta que decidamos que hacer con el cuerpo, de modo que acudo a su habitación para preguntarla al respecto.

—¿Qué tal se encuentra tu padre? —pregunto mientras me siento a su vera en la cama.

—Parece que se va recuperando poco a poco, todo ha quedado en un susto —me responde mientras me coge de la mano—. Por cierto, ¿de qué conocías al sacerdote que nos ha salvado? He visto como os mirabais y a mí esta clase de cosas no se me escapan. Pero es sacerdote Catalina y tú sabes perfectamente lo que eso implica.

—Lo sé Emilia. Le conocí cuando aún vivía en el convento, pero él aún no había tomado los votos. La noche que nos conocimos estuvimos hablando y lo cierto es que nunca llegué a imaginar que su futuro sería así. Ayer mismo, cuando me encontraba en el pueblo haciendo los recados, coincidí con él por casualidad y descubrí que había sido de su vida hasta ahora.

—¿Y has podido hablar con él sobre el asunto? —me pregunta.

—Aún no he tenido oportunidad. Pensaba ir ahora en su búsqueda, ya que desde ayer a la noche salió al prado y no ha vuelto a la posada. Suponía que hoy el bar permanecería cerrado para los clientes, y como estos días no hemos tenido huéspedes en la posada, podremos decidir con tranquilidad que haremos con el cadáver.

—Que así sea —me responde Emilia mientras salgo de su habitación.

Me da miedo el momento de tener que hablar con Felipe, él no se merecía nada de esto. Además, es sacerdote y no puede seguir con su vida como si nada hubiese ocurrido. Hemos quitado la vida a un hombre, que, por buena o mala persona que fuese, era una vida que ya no

existe.

La hierba del prado sigue aún húmeda, aunque las primeras flores de la primavera están comenzando a brotar. A lo lejos se puede observar a una persona sentada sobre una gran piedra mirando al suelo, debe de ser Felipe. Me aproximo hacia él sigilosamente hasta que me atrevo a pronunciar las primeras palabras.

—Felipe, ¿qué tal te encuentras? ¿quieres qué entremos a la posada? —le pregunto con un tono cauteloso.

—No sé qué vamos a hacer ahora Catalina, he matado a un hombre y aún no sé ni quién era. Solo sé que os iba a hacer daño y he actuado como se debía de actuar. Pero no pretendía acabar con su vida, tan solo darle un golpe que le dejase tumbado en el suelo. Soy sacerdote, matar es pecado, Dios jamás me podrá perdonar eso.

—Deja ahora a Dios a un lado. Si no fuese por ti, no estaría ahora mismo hablando contigo. Ese hombre era un malhechor que vino con intenciones de matar al padre de Emilia. Él mismo se buscó su propio desenlace —le digo—. Ahora, es el momento de pensar que hacer con el cuerpo. Tenemos que enterrarlo en alguna parte y deshacernos de él, porque si la posada permanece mucho más tiempo cerrada podría levantar sospechas.

Tras hablar acerca del lugar y el modo en el que nos desprenderíamos de tan desdichado cuerpo, procedimos a llevarlo a cabo.

Cuando era pequeña, escuchaba a menudo casos de asesinatos y venganzas que acababan en muertes. La mayoría de la gente que desaparecía en el pueblo se las daba por muertas, ya que nunca se llegaban a encontrar los cadáveres. Yo siempre he pensado en el destino de esos cuerpos, ¿se lo darían a los puercos?, ¿los quemarían?, ¿cómo los llevarían hasta el lugar donde serían enterrados? Pues bien, ha llegado el momento en el que descubra por mí misma las respuestas.

El cuerpo pesa más de lo que me esperaba, apenas puedo cargar con él. Es de noche y Emilia ha decidido abrir la posada y actuar con normalidad, mientras Felipe y yo cargamos con el cadáver hasta enterrarlo en las profundidades del bosque. Aún nos queda un tramo hasta llegar a la colina donde cavaremos una tumba y cerraremos este mal capítulo. La oscuridad de la noche nos oculta de aquellos que nos puedan ver a tan altas horas de la noche con un muerto a cuestas.

Al llegar a la colina, apenas se escuchan ruidos. Tan solo el sonido de algunos tímidos búhos y animales de la noche. La luz de la luna es la encargada de alumbrarnos, y Felipe comienza a cavar en la tierra con un pequeño azadón.

—Anda, ayúdame Catalina. A la de tres le levantamos y le dejamos ahí —me dice el sacerdote tras haber terminado de ahondar la tierra.

Parece que ya hemos terminado. Con el paso del tiempo, el difunto se irá convirtiendo en polvo hasta finalmente desaparecer. Nunca había visto la muerte tan de cerca. Esa persona que hemos enterrado podría haber sido yo si las tornas del destino hubiesen sido de otro modo.

Ahora he de decidir que haré con mi futuro. En tan solo unos meses mi vida ha cambiado por completo. He vivido cosas que no desearía ni a mi peor enemigo, y quedarme más tiempo en la posada solo hará que estos recuerdos perduren por más tiempo en mi memoria. Estaré eternamente agradecida a Emilia por acogerme y será para mí siempre cómo una hermana, pero he de marcharme cuanto antes. Durante estas semanas trabajando en la posada, he conseguido ahorrar unos buenos duros con los que podré vivir en una pequeña y humilde casa al menos unos meses. Mientras tanto, procuraré buscarme la vida de aquello que se me da bien, satisfacer a los demás.

Me pregunto qué hará Felipe a partir de ahora y por ello, decido preguntarle.

—Lo único que sé es que no quiero seguir con la vida que tenía hasta ahora. No es digno de un

sacerdote que ha matado seguir ejerciendo, y por ello, mañana mismo acudiré al arzobispado y presentaré mi renuncia como hombre de Dios —me responde—. ¿Y tú? ¿Qué harás a partir de hoy, seguirás en la posada?

—Me marcharé —le contesto—. Tengo unos pequeños ahorros con los que podré mantenerme durante unos meses y me buscaré un trabajo en una buena casa. Todavía no sé a dónde iré, pero cualquier lugar será mejor que este, que bastantes desgracias hemos vivido ya en esta dichosa posada.

—Puede sonar un tanto atrevido y soy consciente de ello, pero, ¿por qué no nos marchamos juntos? Yo te quiero Catalina, desde el momento que te vi por primera vez. La vida ha querido volver a unirnos en tales circunstancias y es nuestra oportunidad de comenzar un nuevo futuro juntos. Por mi labor como sacerdote no has de preocuparte, en cuanto pueda, me desharé de estos hábitos y me casaré contigo, si tú quieres. ¿Qué me dices Catalina? ¿Quieres vivir un futuro a mi lado? —me pregunta mientras se arrodilla ante mí y me besa la mano.

A cualquiera que le cuente esta historia no daría crédito. Pero así está ocurriendo. Sonriendo y a la vez llorando de felicidad, le digo que si a Felipe y nos fundimos en un abrazo eterno. Me siento feliz.

Felipe, desde el primer momento que le vi, supe que sería algo importante de mi vida y ha llegado el momento de averiguar que nos deparará el futuro juntos.

CAPÍTULO 10

LOS MALTON

Han pasado dos meses desde que partimos de la posada. La despedida con Emilia fue triste y amarga. El camino hacia nuestro nuevo destino fue largo y cansado. Anduvimos durante una semana hasta llegar a un pueblo llamado La Corredera, en el que pudimos hacernos con una pequeña casa de madera en medio de la plaza del pueblo. Felipe ha conseguido trabajo de maestro en la escuela del pueblo, se ve que tiene buena maña con los niños. Aquí, la mayoría de la población es analfabeta, y los niños apenas tenían recursos para obtener una buena educación. Por ello, Felipe aprovechó los múltiples estudios que adquirió en su infancia para enseñar a los más pequeños a leer y escribir.

En cuanto a mi persona, dedico la gran parte de mi tiempo a limpiar casas ajenas a cambio de unas monedas. No es gran cosa, pero nos sirve para vivir de manera digna.

En el pueblo, ya comienzan a escucharse rumores acerca de que la convivencia de Felipe y mía es en pecado. Bien es cierto que aún no hemos consagrado el santo matrimonio, más es cuestión de tiempo que suceda. Mientras tanto, vivimos como bien podemos intentando hacernos a nuestra nueva vida.

Hoy es día de misa y, tras salir de la iglesia, veo a un grupo de viejas beatas cuchichear de manera descarada sobre mi persona.

—¿Ocurre algo señoras? —las pregunto con un tono distante y amenazador.

Si algo aprendí de las monjas en el convento es que jamás debes de dejar que nadie hable de ti a tus espaldas. Las mujeres siguen murmurando entre risas y mi paciencia comienza a llegar al límite. Si siguen así, me veré en la obligación de irme antes de hacer algo de lo que me arrepienta.

—Eres una deshonra para el pueblo, mujer pecaminosa. Vives en pecado con un hombre de Dios y embarazada. —me gritan dos de ellas.

Tras pronunciar esas palabras, mi cuerpo se queda frío como el hielo. ¿Cómo podía ser posible que unas desconocidas supiesen qué Felipe era sacerdote y qué estoy embarazada? Durante estas últimas semanas, he tenido la sospecha de que en mi cuerpo se estaba gestando otra vida, pero mi mente a su vez decidía evitar esos pensamientos. Desde que ocurrió el desgraciado acontecimiento, el día de mi llegada a la posada, mi cuerpo ha cambiado y mi vientre se empieza a notar. Recuerdo que las primeras semanas en la posada me encontraba constantemente cansada y apenas tenía fuerza para levantarme por las mañanas. Con el paso del tiempo, este hecho ha empeorado y las náuseas cada vez son más frecuentes. En el pueblo, cuando era pequeña, conocí a muchas mujeres preñadas que tenían los mismos síntomas que yo padezco. ¡Ay Dios por qué me pones estas pruebas en el camino!

No he tenido el suficiente valor de contarle a Felipe lo sucedido, pues tengo miedo de que me desprecie y se separe de mí, al fin y al cabo, no soy una mujer virgen y para más inri, embarazada de otro hombre. Sé que Felipe es buena persona, me lo ha demostrado durante estos meses, pero no se merece el bochorno de tener una mujer que ha sido forzada y que está embarazada de otro hombre. Aún tengo que pensar que hacer, pero contárselo a Felipe no es una opción.

Tengo entendido que en el pueblo hay una curandera que a cambio de unas monedas te ayuda a

deshacerte del futuro retoño. Me gustaría poder contárselo a alguien, como a mi madre, que tanto en falta la echo en estos momentos, pero no es posible.

—¿Qué está pasando aquí? —dice una mujer que acaba de salir de la iglesia.

Es una señora mayor que yo, de unos cuarenta años. Viste de manera muy elegante, de color negro y cubierta de lujosas joyas. A su lado, la acompañan dos sirvientas y un joven vestido de traje negro. Debe de ser una mujer con dinero. Al decir estas palabras, las beatas comenzaron a dispersarse y se marcharon mirando al suelo, notándose el respeto y el temor a esta mujer desconocida. Debo de ser agradecida, me ha defendido de las viejas cotillas sin conocerme, de modo que me dispongo a darle las gracias.

—Le estoy agradecida de que haya salido a mi defensa. Esas mujeres llevan murmurando sobre mí desde que salí de la iglesia, pero ni siquiera me conocen. Yo soy Catalina, encantada señora — la digo educadamente.

—No tienes que darlas muchacha. Cuando yo llegué al pueblo siendo una total desconocida como tú me trataron igual. Están aburridas y su único entretenimiento es cuchichear sobre personas ajenas. ¿Y desde cuándo estás en el pueblo? —me pregunta la señora.

—Llegué hace dos meses con mi prometido. Aún estamos adaptándonos a esta nueva vida, aunque somos felices aquí.

—¿Y a qué te dedicas? Se te ve muy jovencita aún —me responde mientras se coloca sus suaves guantes de seda.

—Ahora mismo me dedico a limpiar hogares, aunque bien es cierto que me gustaría dedicarme a otra cosa de manera más continuada, pero me conformo con lo que tengo.

—Pues mira joven, hace unas semanas falleció mi ama de llaves, que Dios la tenga en su gloria —dice mientras se santigua—. Y estoy en la búsqueda de una mujer que se una a mi servicio y me ayude con las tareas del hogar y el papeleo. Si estás interesada, el puesto es tuyo, aunque mi servicio debe de hacerte unas pruebas antes para comprobar que eres digna de trabajar en mi familia.

—¿De veras? Ay que feliz me hace señora, con mucho gusto la serviré lo mejor que pueda. ¿Cuándo empezaría?

—Mañana mismo, a las siete te esperarán las criadas en las cocinas. Pregunta por la casa de Los Malton, aquí todo el mundo nos conoce.

CAPÍTULO 11

SECRETOS A VOCES

Son las seis de la mañana del día siguiente. La casa está recogida, solo me queda vestirme y acudir a la casa de los Malton. Felipe aún está durmiendo y no quiero despertarle. Los cantos de los pájaros comienzan a sonar y el pueblo empieza a despertarse. Nada más salir de la casa, pregunto a la primera vecina por la familia que me había contratado.

—No tiene perdida. Sigue el camino de la higuera y acabarás encontrado una gran mansión junto a un bosque. Ahí viven Los Malton, pero ten cuidado jovencita —me responde la buena mujer.

—Muchas gracias, señora. ¿Pero por qué tendría que tener cuidado? Ayer conocí a la señora de la casa y me pareció muy agradable.

—A la señora Isabel Malton te referirás —me responde con temor—. Cuenta la leyenda que la señora Malton, tras la pérdida de su esposo, comenzó a enloquecer y sale por las noches sin rumbo alguno. Incluso hay quien dice, que, en un momento de locura, se deshizo de su ama de llaves y la ocultó en uno de los pasadizos.

Lo cierto es que nunca he sido de crear en leyendas sin fundamentos, pero esta mujer me lo ha contado con tanto sentimiento que un escalofrío ha recorrido mi cuerpo de arriba abajo. Me despido de la mujer agradecida por sus consejos y comienzo a seguir la ruta que me ha indicado. Nunca he estado en una mansión, es más, nunca he visto ninguna de cerca. El camino hacia la casa es solitario, de momento no me he encontrado a nadie por los alrededores.

Habrán pasado veinte minutos desde que comencé a andar y ya alcanzo a ver a lo lejos una gran casa de dimensiones que jamás hubiese imaginado.

Un porche de madera color oscura con dos pórticos blancos es lo que más llama la atención a primera vista. Alrededor del mismo, un inmenso jardín bien cuidado y un centenar de ventanales sobre las paredes.

Al entrar en la gran finca, observo dos carruajes y diez hombres trabajando en los jardines, cada cual encargándose de tareas distintas. A mi paso, todos me saludan al unísono y subo las escaleras del gran porche con intención de llamar a la puerta. Tras tres toques cortos y preciosos, una joven abre el gran portón recibéndome con una sonrisa.

—Debe de ser usted la señorita Catalina, la estábamos esperando. Acompañeme, la mostraré la casa y cuáles serán sus labores aquí. Ahora mismo la señora no está en casa, pero en breves volverá de su paseo y podrá atenderla.

Y así lo hice. La casa tiene muchísimas habitaciones e infinidad de baños, ¿para qué querrá todo esto si vive ella sola? ¿o acaso no vive sola? Llegamos al salón principal y nos detenemos mientras me explica cómo se debe de limpiar cada rincón de tan magnífica sala. Una lámpara de araña cuelga del techo de la sala y multitud de libros rodean la estancia, todo a su vez lleno de una lujosa decoración.

La habitación de la señora tampoco se queda corta, jamás vi una cama tan bonita y espaciosa.

Cuando la doncella termina de enseñarme todas y cada una de las estancias que tiene la gran mansión, nos dirigimos hacia la planta del servicio y las cocinas. Allí, cada empleado cuenta con

una habitación propia, que, aunque es pequeña, es más de lo que en otras grandes casas pueden ofrecer. Respecto a las funciones de las que me encargaré, la joven criada me indica que principalmente seré dama de compañía de la señora, hecho que me agrada, pues es un cargo más elevado que el que me esperaba realizar. Mi tarea será atender a la señora en todo lo que me pida y acompañarla en sus quehaceres diarios.

—Esto es todo, ¿tiene alguna pregunta? —me dice la joven mientras se sienta en la mesa de la cocina a pelar judías.

—Me ha quedado todo claro. ¿Pero la señora vive sola aquí? Tengo entendido que su marido falleció —la digo con afán de sonsacar información.

—En efecto. El señor Malton falleció en un accidente doméstico, pero es mejor que no menciones el asunto delante de la señora, no lo tiene superado. De vez en cuando viene su hijo, el señorito Gonzalo, a visitar a su madre. El resto de tiempo vive ella sola en la casa con nuestra compañía —me responde la doncella.

—¿Usted conoció al señor de la casa?

—Apenas tuve trato con él, pues falleció al poco de que llegase yo a servir en esta casa. Por lo que pude apreciar, era un hombre reservado y atento que siempre velaba porque los sirvientes estuviésemos bien atendidos. Fue una desgracia lo que ocurrió —me contesta.

—¿Qué le ocurrió?, si se puede preguntar.

—Es una muchacha muy curiosa, quizás en exceso diría yo. Ya es suficiente por hoy. Creo haber escuchado llegar a la señora. Espera aquí y ahora vengo a avisarte para que la reciba.

Y así hago. Espero en la cocina a que llegue el momento para poder hablar con la señora. Lo cierto es que es un sueño poder trabajar aquí, ya que no me dan ningún miedo las leyendas que se cuentan, pues bastantes cosas malas he vivido yo a lo largo de mi corta vida. Más es cierto que soy curiosa por naturaleza y tengo intriga por saber que ocurrió con el señor Malton.

—La señora la está esperando —me indica la doncella para que suba al salón principal.

Al llegar, observo a la señora Malton sentada sobre un sillón blanco leyendo una novela. Debe de ser una mujer culta, ¿dónde se habrá criado? ¿de qué familia provendrá?

—Buenos días, señora —la saludo mientras me inclino levemente como forma cordial de saludo.

—¿Le ha explicado ya mi doncella cuáles serán sus labores en la casa?

—Así es, la muchacha me ha enseñado la casa y me ha explicado que seré su dama de compañía. Estoy muy agradecida de servirla.

—No hace falta que me des las gracias. En esta familia solo permitimos que entre gente de bien. Si con tus hechos demuestras que eres eficiente, te compensaremos como es debido. ¿Sabes ya cuál será tu habitación? —me pregunta mientras vuelve a abrir el libro que tiene entre las manos.

—¿Mi habitación? —pregunto sorprendida.

—Todo mi servicio vive de manera permanente en la casa, sobre todo mi ama de llaves. ¿Tienes algún problema al respecto? —me pregunta con un tono de superioridad.

—Verá usted señora, no se lo tome a mal, pero estoy comprometida. Vivo con mi futuro esposo en una pequeña casa de madera y, lo cierto, es que me gustaría que siguiese siendo así, si usted lo estima oportuno —la respondo con la intención de que me permita seguir estando con Felipe.

—De acuerdo, más los sábados de cada semana has de permanecer en tu habitación y no salir de la casa hasta el amanecer. Es la norma más sagrada de la casa y es de vital importancia que se respete en todo momento.

La respondí que no tenía ningún inconveniente y me despido de ella dándole las gracias de nuevo por la oportunidad. En mi camino de vuelta a casa, voy pensando sobre el asunto, pues me parece raro que no se permita salir los sábados de noche, ¿qué ocurrirá?

De momento, decido no darle más importancia de la que tiene y continuo el recorrido hacia el pueblo, ya que dentro de poco será la hora de la comida y Felipe estará aguardando.

Al llegar a casa, veo la mesa puesta y un carnosco cochinito servido sobre la mesa.

—¿Felipe? ¿qué está ocurriendo aquí? —pregunto en voz alta sonriendo mientras veo el manjar que hay preparado.

—Estamos de celebración querida —me responde al entrar al salón y darme un beso en la mejilla.

—¿Y qué celebramos si se puede saber? —vuelvo a preguntar.

—Celebramos dos cosas. En primer lugar, me han destinado a ser maestro en otras dos escuelas de la zona. No es mucho, pero es más de lo que podía haber pedido. Aquí mucha gente sabe ya de nuestro pasado y siento que me juzgan con la mirada al pasar.

—Me alegro tantísimo por ti. Ya era hora de que fuésemos felices juntos, y por las miradas de los indecorosos no te preocupes. Tú eres una buena persona Felipe —le digo mientras le acaricio la mejilla—. ¿Y qué es lo segundo que celebramos?

—¡Nuestra boda Catalina! Sé que he tardado en pedírtelo y me siento fatal por ello, pero... ¿quieres ser mi futura esposa? —me pregunta mientras se arrodilla y saca una alianza del bolsillo de la chaqueta.

Me quedo pálida, sin apenas poder moverme, como si hubiese visto una aparición. Siempre pensé que el momento en el que me pidiesen la mano sería el instante más feliz de mi vida, pero no ha sido así. Quiero a Felipe, más de lo que pensé jamás que podría querer a alguien, pero antes de responderle un “sí quiero” debo de sincerarme con él.

Me da miedo su reacción, ¿cómo le cuento que estoy embarazada? Intentar seguir ocultándolo es imposible, ya no solo porque mi vientre cada vez se abulta más, sino porque me veo incapaz de deshacerme del bebé y ni siquiera contárselo a mi futuro esposo.

Por ello, le digo que se levante del suelo y le indico que se siente en la mesa mientras hago yo lo mismo.

—¿Qué ocurre Catalina, acaso no quieres casarte conmigo? —me pregunta el pobre joven con cara de asustado y ojos llorosos.

—No es eso Felipe. Verás, antes de conocerte, bueno antes de reencontrarnos más bien, sucedió algo. Sé que te lo tenía que haber contado desde el primer momento y casi lo hago, pues el día que pretendía confesarme quería contárselo a Dios, pero me siento tan avergonzada y me da tanto miedo perderte —le digo con la voz temblorosa.

—Seguro que no es tan grave mujer. Un ángel como tú, que pecado iba a cometer.

—El día que llegué a la posada por primera vez había un hombre. Se acercó y me empezó a hablar, aunque yo no quería hablar con él. Ese día no conocía a nadie en la posada, de modo que me asusté y me escabullí a la despensa. Pero el hombre me encontró, me encerró allí y me forzó.

Tras pronunciar estas palabras, Felipe se derrumbó de una manera en la que jamás había visto llorar a un hombre. Me sentía tan mal por él y por todo lo sucedido. Sabía lo que iba a ocurrir después, me dejaría y volvería a buscarme la vida sola, esta vez con un hijo sin padre.

—Eso no es todo Felipe, hay más —le continuo diciendo—. Ese día Emilia me recogió del suelo, pues yo después de lo ocurrido apenas podía moverme. Desde hace cuestión de un par de semanas me empecé a encontrar mal. Até cabos y creo que estoy en cinta.

Felipe se levanta de la mesa y se apoya sobre la pared cabizbajo. Para él no tiene que ser nada sencillo, pero le rezo a Dios para que sea comprensivo y, al menos, me deje quedarme esta noche en la casa hasta que encuentre un sitio a donde ir.

—No hace falta que digas nada —le digo para no alargar el silencio—. Voy a coger mis cosas y me marcho, no te molestaré más.

Y así lo hago. Subo a la habitación y comienzo a guardar en mi hatillo las pocas cosas que tengo. Es cierto, que comparado con el tiempo que estuve en el convento mis bienes han aumentado. Con el dinero que gané en la posada, me compré un par de prendas y zapatos, que para mí son más que suficientes.

Al terminar de recoger todas las cosas, bajo al salón y me dirijo a la puerta, aunque aún tengo la esperanza de que Felipe me dirija la palabra. De niña, imaginaba mi vida cuando creciera de manera muy distinta a como es ahora. Recuerdo que cuando yo tan solo tenía cinco años, comenzó a correr el rumor de que la hija del tesorero estaba en cinta. En cuestión de horas todo el pueblo era conocedor de la noticia y la joven fue repudiada por su familia, de modo que abandonó el pueblo sola y sin futuro. Vivimos en un mundo en el que las mujeres aportamos menos que los hombres a la sociedad, o eso nos hacen creer, pero la realidad es que sin nosotras ellos no tendrían cavidad en esta vida. Yo no elegí que me violaran y muchísimo menos tener un hijo de ese bastardo, más Dios todopoderoso así ha querido que suceda y yo no puedo hacer nada para remediarlo. Me buscaré la vida como sea, quizás vuelva a la posada una temporada, no creo que Emilia tenga ningún inconveniente. Aunque antes, he de dar recado a la señora Malton de que finalmente no podré trabajar para ella.

Tengo la puerta enfrente de mis narices y apenas soy capaz de creer lo que está sucediendo. Más he de tener orgullo, de modo que agarro el pomo de la puerta y me dispongo a salir.

Nada más poner mi pie fuera de la casa, siento unas manos que tapan mis ojos y me nublan la vista.

—No te vayas —me dice Felipe.

¿Qué no me vaya? No me puedo creer lo que está sucediendo. Me doy la vuelta para mirarle y al menos responderle, pero no me da tiempo. Felipe me envuelve entre sus brazos y cierro los ojos para disfrutar del momento.

—No quiero separarme de ti Catalina —me comienza a decir—. Eres mi felicidad, y si Dios ha querido ponernos este niño en el camino, yo me haré cargo de él, igual que haré contigo. Jamás volveremos a hablar de lo ocurrido y no saldrá de esta casa el asunto, pero antes, has de decirme quién fue el bárbaro que te forzó.

—No le conocía. Le vi ese día y jamás volvió por la posada, no considero que debamos de preocuparnos más por él. Te quiero Felipe, desde el primer momento que te vi te quise y cada día te quiero más. Estoy segura de que nos espera un futuro prometedor a los tres —le digo llorando de alegría.

—No lo dudes querida —me responde él.

Y tras acabar nuestra frágil y difícil conversación, nos sentamos en la mesa a disfrutar del jugoso cochinitillo que aún nos esperaba para comer, sin creerme del todo lo afortunada que soy de tenerle.

CAPÍTULO 12

LA AMA DE LLAVES

Todo parece estar en calma. Desde mi conversación con Felipe, me siento en paz conmigo misma y con Dios. He de estar agradecida porque voy a traer una criatura a este mundo, aunque bien es cierto que ni siquiera mi propia madre sabe de su existencia. He recapacitado sobre ello estos últimos días, sobre mi familia y el qué será de ellos. Supongo que, con el paso de estos meses, les habrán llegado informaciones sobre lo ocurrido en el convento, y al no tener noticias mías me darán por muerta. Por ello, le dije a mi prometido que en cuanto naciese nuestro hijo iríamos al pueblo que me vio crecer, y veríamos a mis padres y mi hermano.

Durante los días que llevo trabajando en el hogar de los Malton, no ha ocurrido nada que se escape de mis entendederas.

Por las mañanas, acompaño a la señora a dar su paseo matutino por los alrededores de la casa, mientras ella me cuenta su vida de cuando era joven. La verdad es que me da lástima, intenta aparentar que es una persona fría, pero a su vez feliz, cuando la realidad es que lleva el luto por dentro. Yo supongo, que será por la pérdida de su marido, más ella siempre evita sacar el tema. Este mismo martes, me encontraba yo ayudando a las doncellas a limpiar las escaleras de la última planta, cuando me encontré un pequeño botón. Pregunté a las muchachas para saber a quién pertenecía el presente botón y ellas me respondieron que era del señor Malton, de una camisa que usaba a menudo.

Justo en ese momento, la señora salía de su habitación y escuchó la conversación que estábamos teniendo. Tardó menos de dos segundos en mandarnos callar y decirnos de malas maneras que en esta casa no se debía de hablar de los difuntos.

Lo cierto es que me sorprendí, ya no solo porque no quiera que se hable de su marido, sino por su rostro en el momento de decirlo. En ese momento, decidimos dejar pasar el tema y seguimos con nuestras labores de limpieza.

Hoy es sábado, y antes de salir de casa por la mañana me despido de Felipe, pues hoy será el primer día que deba de dormir en la propia mansión. Le expliqué a Felipe lo que la señora Malton me exigió para trabajar en su casa, que los sábados a la noche se prohibía salir de las habitaciones hasta bien llegado el alba. Al contárselo, él se extrañó, pero sé que confía en mí y estará pendiente de que el domingo regrese de una sola pieza.

El camino hacia la casa es tranquilo, ya que prácticamente se encuentra en mitad del bosque. El cantar de los pájaros y la luz dorada del sol amaneciendo, me transmite una calma que no se puede explicar con palabras. Mientras camino, me toco de manera inconsciente el vientre intentando sentir a mi bebé. Al principio, cuando comencé a tener sospechas de lo que mi cuerpo estaba gestando, sentí que se trataba de una abominación y un castigo, más ahora veo que es un milagro. Si es niña, me gustaría llamarla Amelia y, si es un varón Leandro.

—Buenos días muchacha, creo que aún no hemos tenido el placer de presentarnos. Mi nombre es Lorenzo, un gusto conocerla —me dice el jardinero al llegar a la puerta de la finca.

No tengo muy claro que papel tiene este buen hombre en la familia, pues le he visto realizando múltiples funciones para la señora, como chófer, guardaespaldas y ahora, jardinero. Debe de ser una persona de confianza de la señora, pues durante estos días le he visto merodear por el

despacho del señor Malton como Pedro por su casa.

—Buenos días Lorenzo, yo soy Catalina, la nueva ama de llaves de la señora —respondo.

—La señora me ha hablado mucho de ti, si me permites tutearte. Me comentó que una jovencita vendría a la casa a servir en breves, pero lo cierto es que no me esperaba a una mujer como tú.

—¿Cómo yo? ¿qué tengo de especial? —pregunto intrigada.

—A una muchacha tan joven me refiero. Después de la experiencia que tuvimos con la anterior ama de llaves, pensé que la señora habría aprendido la lección.

—¿Con la ama de llaves que falleció se refiere usted?

—En efecto, después de todo lo que padecemos en la casa tras su llegada... y las circunstancias de su muerte... no se quedan muy atrás —me responde Lorenzo con la mirada inquieta.

—La verdad que tuvo que ser una desgracia, pero a su edad ya se sabe, que Dios la tenga en su gloria —digo mientras me santiguo por el alma de la pobre mujer.

—¿Su edad? Pero si apenas tenía unos pocos años más que tú.

—Pero si a mí me dijeron que era una anciana que murió, no logro comprender nada.

—Debiste de comprender mal, señorita. Marcela era una joven risueña y alegre, en toda la casa se la escuchaba reír y era muy querida por los señores.

—¿Y qué fue lo que la ocurrió? Si se puede saber —pregunto.

—Marcela venía de una familia muy humilde, apenas tenían para comer. Un día los señores salieron al pueblo de al lado a dar un paseo y se encontraron con la muchacha. El encanto que ella tenía no les pasó desapercibido y decidieron darla la oportunidad de que comenzase a trabajar en la casa. Al principio, era una sola doncella más, pero con el paso del tiempo comenzó a entablar más relación con la señora, estaban todo el día juntas. Durante los dos años que estuvo sirviendo en la casa, fue querida por todos y se la acabó tratando como si fuese la propia hija de los señores, hasta que la señora Malton descubrió la verdad.

Justo cuando el jardinero se disponía a contarme aquello que descubrió la señora, que tanta curiosidad me generaba, comenzamos a escuchar los berrinches de los caballos.

—Acaba de llegar la señora —me dice Lorenzo—. Ha sido un verdadero placer hablar contigo, espero que volvamos a vernos muy pronto.

Tras despedirse, entro a la casa y me dirijo a la cocina para ayudar en la preparación del almuerzo. El día solo acaba de empezar.

CAPÍTULO 13

EL PASADIZO

La casa está hoy demasiado silenciosa. Entro al despacho de la señora para preguntarle si desea algo más antes de que me retire a mi descanso, pues es la hora del almuerzo. Me responde de manera cortante y fría que no necesita nada, y me indica que cierre la puerta y me retire.

No parece la misma mujer que me defendió hace apenas unos días. Ese día, se mostró como una mujer empática y amable, sin embargo, ahora se muestra como una mujer fría y, en algunas ocasiones, parece un tanto despiadada.

Bajo a la cocina y me preparo un poco de la comida que está hecha hoy para el servicio, sopa de cocido. No es una gran comida, pero algo es algo. Me siento en la mesa y comienzo a comer, cuando de pronto llega una joven de mi edad y se sienta a mi lado, tras haberse servido su plato caliente.

—Que te aproveche —me dice la joven de manera agradable.

—Igualmente, mi nombre es Catalina, encantada —respondo.

—Encantada Catalina, yo soy Macarena, Maca para los amigos. ¿Qué tal tu día?, ¿te estás adaptando bien a la casa? —me pregunta mientras comienza a darle un sorbo a su sopa.

—De momento creo que bien. La doncella que se encarga de dirigir la casa lleva enseñándome durante esta semana todo lo que debo de saber, aunque lo cierto es que con la señora no he tenido mucho trato aún.

—Pues mira que es raro eso. La antigua ama de llaves pasaba mucho tiempo con los señores. Pero dale tiempo mujer, la señora Malton lo ha pasado realmente mal estas últimas semanas.

—Ya me estuvieron comentando algo sobre la antigua ama de llaves, aunque no terminaron de contarme toda la historia —la digo para que me cuente más sobre el tema—. ¿Qué la ocurrió?

—Marcela era una joven encantadora —me comienza a decir mientras resopla—. Pero la mala vida se apoderó de ella y se desvió de los caminos de nuestro señor. Yo apenas tenía trato con ella, cuando llegué ya se encontraba muy apegada a los señores, en particular con el señor Malton. Las semanas fueron pasando y la relación entre la ama de llaves y los señores Malton era cada vez más evidente, hasta que un día la fortuna de la muchacha se acabó. Según cuentan, Isabel Malton encontró a su esposo con Marcela en sus aposentos. Al parecer, llevaban teniendo un romance amoroso desde que apenas la joven puso un pie en la casa. A partir de ese día todo fue a peor, ya que la señora al enterarse de lo que ocurría, expulsó de la casa a la ama de llaves y no la volvimos a ver por aquí —me explica la joven detalladamente.

—Pero, la joven murió, ¿no es así? —pregunto.

—En efecto —me responde la criada—. Al tercer día de que Marcela se fuera de la casa, apareció muerta en el camino. Nadie reclamó su cuerpo sin vida y no se supo más de su extraña muerte. Comenzó a correr el rumor de que habría sido atacada por un animal de la noche, aunque si me pides mi humilde opinión, ahí ocurrió algo más.

Al terminar de contarme tan perturbadora historia, la joven criada se despidió de mí y volvió a sus tareas de la casa tras terminar de recoger la cocina.

Mi tiempo de descanso también acaba de terminar, por lo que recojo mi cazo y me pongo el

delantal.

Como hoy es el día en que debo de quedarme a dormir en mi habitación, decido acercarme para echarla un vistazo, ya que el día que me la enseñaron apenas pude verla en un segundo.

Mi dormitorio es el que se encuentra al final del pasillo de los empleados alejado del resto de dormitorios. Al entrar, observo como la habitación tan solo tiene una pequeña cama junto a una mesilla de noche.

Como soy cotilla por naturaleza, me pongo a mirar con detalle cada rincón de la habitación. El colchón es duro, aunque suficiente para una sola noche. Me recuesto sobre él y me pongo a pensar, qué estará haciendo Felipe, le echo tanto de menos. Llevo puesto el anillo de compromiso que me regaló, pero como hoy me toca limpiar la chimenea, decido quitármelo y guardarlo en el único cajón que tiene la mesilla.

Sin embargo, al abrir el cajón, encuentro para mi sorpresa una pequeña nota que dice lo siguiente: “Te espero esta noche en el pasadizo mi querida Marcela”. La nota no lleva firma, pero por lo que me ha contado antes la criada puedo intuir quien era el autor de la carta. Debo de estar en la antigua habitación de la que era la ama de llaves, pero a excepción de la nota, no hay ningún elemento que la relacione con ella. Miro el reloj, se está haciendo tarde y la señora debe de estar esperándome en el salón.

Coloco el anillo en el cajón de la mesilla y me guardo en el bolsillo la carta, por lo que pudiera pasar, mejor que la tenga yo a que caiga en malas manos.

Al llegar al salón no veo a la señora, pero procedo a limpiar la chimenea. Es una chimenea vieja, pero de gran calidad, que por la suciedad que tiene debe de llevar mucho tiempo sin encenderse. Recuerdo que en la casa de mis padres teníamos una pequeña chimenea que me encantaba encender con la ayuda de mis padres. Alrededor de ella, nos sentábamos mi madre y yo a coser, y mi hermano a leer, era mi momento favorito del día.

Apenas llevo diez minutos limpiando la chimenea y me empiezo a encontrar mal, debe de ser el embarazo. Soy consciente de que dentro de un par de semanas no podré seguir disimulando mi vientre, pero me da miedo que la señora me despida, por lo que de momento no se lo contaré hasta que se me ocurra una idea.

—Catalina, cuando termines con la chimenea pásate por mi habitación, tienes que ayudarme con unas cosas —me dice la señora, que acaba de llegar a la puerta del salón.

—Así lo haré señora, esto está casi listo —respondo intentando esconder el sofoco, pero es difícil pues me falta el aliento del esfuerzo.

—¿Te encuentras bien muchacha? —me pregunta la señora.

—Si, no se preocupe señora, debe ser el calor, pero enseguida acabo con esto.

—Descansa un poco y ven a verme cuando te encuentres en condiciones. Te quiero en perfecto estado cuando me ayudes —me indica la señora y se marcha.

No llevo ni cuatro meses de embarazo y ya comienzo a sentir la pesadez del bebé, no me quiero imaginar cuando ni siquiera me entren los vestidos. Felipe está muy ilusionado con la noticia, desde que se lo conté no deja de hablarme de cosas que enseñará a nuestro hijo, y a mí me hace feliz verle así de contento.

Las piernas me comienzan a temblar y me apoyo sobre la pared para reposar tan solo un segundo. De pronto, comienzo a sentir como mi mano comienza a hundirse, ¿qué está ocurriendo? Con el peso de mi cuerpo apoyado sobre la pared, veo como esta se adentra hacia el interior, como si de una puerta se tratase. ¿Un pasadizo en la pared del salón? Sabía de la existencia de pasadizos en las grandes casas, pero jamás imaginé que se encontrasen a simple vista, aunque

realmente parece parte de la pared, y muchísimo menos que fuese a encontrar yo uno.

—Catalina, la señora te reclama —me indica la joven criada Macarena, que ha venido a buscarme.

—Enseguida voy Maca —la respondo. En cuanto la muchacha sale del salón, cierro con disimulo lo poco que se había abierto la extraña puerta y me dirijo hacia el encuentro de la señora, sin aún creerme lo que acababa de ver.

CAPÍTULO 14

TINIEBLAS

Durante más de tres horas he estado ayudando a la señora con el papeleo. Aunque no sé mucho, bueno más bien nada, sobre números y letras, la señora me ha ido mandado colocar los libros y documentos en la estantería principal.

Isabel Malton es una señora con estudios por lo que puedo ver, y debe de ser una mujer de fuertes convicciones, pues por lo que tengo entendido, tras la muerte de su marido juró y perjuró que no volvería a contraer matrimonio con ningún hombre y dirigiría ella misma todo lo referente a la finca de los Malton.

—Ya hemos terminado por hoy Catalina —me indica la señora al firmar el último documento—. Ha sido un día muy largo y necesito descansar. Recuerda que hoy no se debe de salir de la casa, ¿te has acomodado ya en la habitación?

—Si señora, ya tengo todo dispuesto para pasar la noche y en cuanto me indique, me retiraré a mi dormitorio hasta que llegue el primer rayo de luz del nuevo día —la respondo.

—Perfecto entonces. Puede bajar a la cocina si desea cenar algo antes de acostarse e indíquele al servicio que puede retirarse también. Ha sido un día agotador.

Lo cierto es que me encuentro verdaderamente cansada, y el hecho de no poder ir a casa con Felipe me apena en gran medida. Nadie me ha explicado el motivo por el que no hemos de salir el sábado por la noche, ¿es qué acaso hay asaltadores por los caminos?

Mis tripas comienzan a rugir, la sopa de esta mañana no es suficiente, y más ahora que me he de alimentar por dos.

Bajo a la cocina para echarme algo al estómago antes de dormir, pero ahí no se encuentra nadie. Durante el tiempo que tardo en calentarme el plato y sentarme a cenar no escucho ningún ruido en la casa, ni por leve que sea. Pareciese que todo el mundo ha desaparecido y la casa está dormida.

Tras acabar de comer el último bocado, mi vientre comienza a sentirse lleno y los bostezos se apoderan de mí sin poder remediarlo. En el camino hacia mi dormitorio, que es el más alejado del resto de habitaciones, tampoco veo a nadie, lo cual me resulta un tanto extraño. Recuerdo haber visto entrar a Macarena al primer dormitorio del pasillo de los criados, por lo que intuyo que será el suyo y llamo a su puerta con la esperanza de conversar con ella sobre el porqué de tan extraña norma.

—¿Quién es? —contesta una voz detrás de la puerta.

—Soy yo Catalina, solo quería hablar —respondo.

De pronto, Macarena me abre la puerta y me arrastra dentro de la habitación con un gesto de que cerrara la boca.

—¿Estás loca muchacha? No debes de andar a estas horas fuera de tu habitación. La señora ya nos indicó que nuestro turno ha acabado y cada uno de nosotros debe estar en su habitación, y tú más de lo mismo.

—Lo sé Maca, si me disponía a ir a mi habitación, pero nadie me ha explicado por qué no

debemos de salir los sábados hasta bien entrado el alba.

—Es peligroso y no debes hacer preguntas. La señora no ha explicado a nadie el motivo, solo nos ha indicado que es peligroso y debe de ser así.

—¿Pero lleva haciéndose esto toda la vida Macarena? —pregunto sorprendida.

—Para nada —me responde la joven—. Fue a partir de la muerte del señor Malton, cuando la señora dictaminó esta nueva norma. Es tarde Catalina, deberías ir a descansar antes de que alguien nos vea juntas.

Y así lo hago, me despido de la joven criada y me dirijo por el pasillo a mi habitación. El suelo de madera cruje a cada paso que doy y el silencio inunda toda la estancia. Apenas hay luz, tan solo el ventanal que se encuentra junto a mi habitación deja entrever en la oscuridad. Ya ha anochecido y la niebla impide que se vea el cielo, todo tiene un toque misterioso.

Abro la puerta de mi habitación y me siento sobre la cama. Me gustaría tanto estar con Felipe ahora mismo, no debería de dejarle solo en esta fría y oscura noche. Me recuesto sobre la cama e intento dormir, pero un pequeño movimiento en mi vientre hace que me despierte del todo. Siento como si pequeñas pompas estallasen en mi interior, en el lado derecho de la tripa. Ya me encuentro casi en el segundo trimestre y, por lo que tengo entendido, es posible comenzar a notar al bebé. ¡Es mi bebé! Sentirlo por primera vez me hace sentir tan plena y feliz, mis ojos no pueden evitar llorar de la emoción, aunque desearía con toda mi alma contárselo a Felipe y que estuviese conmigo para vivir este maravilloso momento.

Llevo diez minutos sin poder dejar de sonreír y mirar como mi vientre se mueve levemente. Sin embargo, el silencio en la casa es estremecedor y el frío comienza a colarse en mis huesos. Me acurruco bajo las mantas y cierro los ojos con la esperanza de poder dormir, ha sido un día agotador y mi cuerpo no aguanta más. Parece que mi hijo está descansando también, pues ya no logro sentirle.

—Socorro, ayúdame —me grita una voz a lo lejos.

De pronto, abro los ojos sofocada y me inclino sobre la cama. Ha sido una pesadilla, no era real esa voz que me pedía auxilio, pero me siento asustada, parecía tan real.

Desde que me contaron la historia de la antigua ama de llaves, no dejo de pensar en ello. Durante toda mi vida, nunca había escuchado una historia como esta, pobre criatura, con lo joven que era. Parece que su presencia sigue en esta habitación y la nota, que he encontrado, junto al pasadizo deben de tener una relación. Nadie muere de repente y ella no tenía a nadie a quien acudir. ¿Y si la siguiente soy yo? ¿y si le hubiese pasado a mi futura hija? Haría algo por saber que ocurrió.

Es de madrugada, todo el mundo está en su habitación y es poco probable que salgan, pues se encuentran atemorizados por las historias que se cuentan en la casa. Más yo no soy como ellos. El hecho de que encontrase la nota y el pasadizo debe de ser una señal, Dios quiere que sepa que le ocurrió a la joven, y como que me llamo Catalina, he de averiguarlo.

Salgo de la habitación sigilosamente y subo las escaleras hasta el salón principal. No me encuentro a nadie por el pasillo y la situación me produce escalofríos, pero simplemente debo de estar condicionada por las circunstancias, no me va a ocurrir nada.

Me acerco a la pared de la chimenea, donde antes encontré la puerta del pasadizo, aunque lo cierto es que no estoy segura de si debería entrar, pero pienso en la pobre criada y soy consciente de que debo ser valiente.

Lo cierto es que la puerta está muy bien disimulada, por más que busco y busco no logró dar con ella, pero cinco minutos después un pequeño empujón a la pared abre una pequeña rendija de

la entrada secreta.

Comienzo a cruzar el pasillo del pasadizo de la puerta con tan solo la luz de una vela que he cogido antes de entrar. No ha sido buena idea, pero ahora es imposible arrepentirme, tengo que seguir hacia delante. El pasadizo no es muy largo, pues ya puedo ver la salida. A medida que me acerco, comienzo a escuchar unos extraños ruidos y un escalofrío recorre mi cuerpo. Son como gritos, aunque nunca había escuchado algo igual. Al llegar al final del túnel, escucho con más claridad las voces y me escondo tras una esquina con la esperanza de ver lo que está ocurriendo sin llegar a que me descubran. Durante mi tiempo en el convento aprendí como pasar desapercibida, y aunque esta situación es mucho más peligrosa que cualquier otra que viviese en aquel lugar, sé cómo observar sin que nadie me vea. Debe de tratarse de una joven en apuros, por lo que me inclino para ver de qué se trata. Pero lo que veo jamás imaginé que pudiese haberlo visto, que Dios me perdone por lo que están viendo mis ojos. Es Macarena, la criada, retozando pecaminosamente con el cocinero. Con lo inocente que parecía la muchacha, ahora no podré verla con los mismos ojos. Tras observar tan desagradable e indecorosa escena, salgo del pasadizo sin que me vean y me dirijo hacia la mansión de nuevo.

El jardinero me comentó que, si algún día ocurría una urgencia, había guardado una llave de la puerta del servicio bajo un jarrón que se encontraba en esa entrada. Por ello, me encamino hacia esa puerta atravesando el bosque. Me conozco la zona donde estoy, el pasadizo tan solo te llevaba a la parte de atrás de la mansión, donde se encuentra la zona en la que duermen los criados. Cojo la llave de debajo del jarrón y entro a la casa por el pasillo de los criados hasta volver a mi habitación.

Aún no puedo creer lo que mis ojos han visto y no sé cómo actuar ahora delante de Macarena.

Me asomo a la ventana de la habitación para intentar despejar mi mente. Ha sido arriesgado lo que he hecho, quizás la joven murió sin ningún misterio y yo no he de saber nada acerca de su vida. Más, hay algo que no me deja estar tranquila. La noche sigue su curso y mirar el paisaje me transmite tranquilidad. Sin embargo, esa tranquilidad se ve empañada por una sombra. Miro fijamente a través de la ventana y veo a una mujer con un vestido arrastrar un gran saco con esfuerzo. La veo entrar por la puerta de los criados, pero no logro reconocer el rostro. “Pum”, suena la puerta, debe de haber entrado. Salgo de la habitación movida por la inquietud, probablemente sea Macarena y voy a hablar con ella de lo ocurrido. Ando con cautela por el pasillo y ya veo una sombra en la cocina, por lo que me asomo de reajo sin llegar a entrar. No es Macarena. El cuerpo me comienza a temblar y me tapo la boca para no hacer ruido. Aquella señora empieza a desenvolver el saco y observo el cadáver de una joven sobre el suelo. Al ver esa escena corro a mi habitación y me encierro en ella. Sin duda alguna no era la criada, sino la señora Malton.

CAPÍTULO 15

LOBO CON PIEL DE CORDERO

El primer rayo de luz comienza a asomar por la ventana. Ya es de día y apenas habré descansado tres horas. A las siete de la mañana comienza mi turno trabajando en la casa, por lo que me levanto de la cama y me pongo el uniforme que la doncella me proporcionó el día de mi llegada.

Aún no logro dar crédito sobre lo que vi anoche, ya no solo lo ocurrido con la criada Macarena, sino lo de la señora. Me da miedo cruzarme ahora con ella por los pasillos, pero he de actuar con normalidad hasta que llegue la noche y pueda volver a casa con Felipe y contarle todo lo sucedido. Desde el primer día que puse un pie en esta casa, sabía que algo no iba bien y la escena de anoche confirmo todos mis pensamientos. La joven ama de llaves probablemente fuese asesinada por un ataque de celos de la señora Isabel al enterarse de que el señor Malton y la criada eran amantes. Lo extraño en esta historia no es tan solo el hecho de que la señora asesinará a la joven, sino que el señor Malton murió al poco después y ella, por lo que he podido ver con mis propios ojos, ha seguido matando a jovencitas. Quizás, esas jóvenes también fuesen antiguas amantes de su esposo y la señora se está encargando de hacérselo pagar. O quizás, simplemente sean pobres inocentes que tuvieron la desdicha de cruzarse con la señora. A pesar de todas mis conjeturas, lo que sí que tengo claro es que he de alejarme de esta extraña familia lo antes posible.

—Buenos días nos dé Dios, Catalina. ¿Pudiste descansar anoche? La última vez que te vi estabas muy nerviosa —me dice Macarena al llegar a la cocina a recoger el desayuno de la señora para llevárselo al salón.

—Buenos días, Macarena. Lo cierto es que me costó pegar ojo, más al final acabé rendida sobre la cama. ¿Y tú? ¿Has descansado toda la noche en tu habitación no? —la pregunto para ver cuál es su respuesta, ya que ella no sabe que la vi anoche con el cocinero en un acto indecente.

—He descansado como una bendita. Tan solo el ruido de la puerta, cuando ya estaba bien entrada la noche, me hizo pegar un salto en la cama, pero supuse que se trataría del viento y me volví a dormir —me responde, mintiendo claramente.

Aunque debe de ser cierto que ella también escucho el ruido de la puerta cuando entro la señora a la cocina con el cadáver de la desconocida, por lo que tuvo que llegar al poco tiempo de que yo entrase de nuevo a mi habitación.

—Yo no escuché nada —la digo—. Ya la subo yo el desayuno a la señora, que debe de estar esperando. Luego nos vemos Macarena.

Y así lo hago. Cojo la bandeja y me dirijo al salón donde la señora aguarda sentada a que la sirvan el desayuno. Ahora entiendo a la perfección las palabras que mi madre me decía cuando era solo una cría de que no debía de fiarme ni de mi propia sombra. Cuando conocí a la criada, sentí que era una buena muchacha, como yo, pero nada más lejos de la realidad. Es capaz de mentir mirándome a los ojos y sin ningún remordimiento, cosa la cual me perturba de gran manera.

—Buenos días señora, aquí la traigo su desayuno —la digo a Isabel Malton mientras la comienzo a servir en la mesa del salón principal. Mientras coloco la taza y procedo a echar la leche, mis manos comienzan a temblar al recordar la macabra escena de anoche.

—¿Te encuentras bien muchacha? —me pregunta la señora al ver el temblor de mis manos.

—Sí, no se preocupe señora, debe de ser del frío —respondo.

—O del embarazo quizás —me contesta de manera fría y contundente. En ese momento, mi cuerpo se palidece y no sé ni qué responderle—. En efecto Catalina, me habían llegado rumores de tu preñez y estos días observándote, lo he podido confirmar por mí misma. ¿Por qué no me lo contaste?

—Perdóneme señora, pero hasta no hace bien poco no tenía muy claro lo que me ocurría. Aunque puedo trabajar con total normalidad y ese era mi deseo.

—Yo no me meto en donde no me llaman muchacha —me dice la señora—. Mientras que no suponga un impedimento en tus tareas en la casa no debes de preocuparte. Y ahora puedes retirarte, he de hacer una serie de cosas en el salón por lo que, si no te importa, cierra la puerta al salir.

Y así lo hago. Recojo la bandeja con la intención de darme la vuelta y salir por la puerta del salón a continuar con mis tareas, pero al subir la mirada veo algo que me hiela la sangre. La puerta del pasadizo no está del todo cerrada, se puede apreciar una rendija que deja claro que alguien la ha descubierto.

¡Ay Catalina, que has hecho! Con las prisas y los nervios de anoche unido a la poca luz que tenía, tuve que dejar la puerta entreabierta sin darme cuenta. Tampoco creo que nadie fuese a sospechar de mí, ya que soy la nueva de la casa, pero por si acaso aprovecharé la hora de después del almuerzo, en la que la señora descansa en su dormitorio, para cerrar del todo esa maldita puerta y acabar así con el asunto.

Al salir del salón me cruzo con Macarena, que me sonríe y me indica que baje a la cocina a ayudar a limpiar. La casa está silenciosa y la hora del almuerzo se comienza a acercar. Las criadas comemos antes que la señora y, mientras ella descansa, nosotras seguimos limpiando la mansión. Tan solo llevo una semana aquí, pero tengo curiosidad de que habrá en los sótanos, aunque después de lo que vi anoche no pienso volver a pisar este maldito suelo.

—¡Qué bien que hayas bajado Catalina! Ayúdame con esta mancha, soy incapaz de quitarla sola y mira que llevo rato con ello —me dice una doncella que se encuentra de rodillas limpiando en el suelo.

—No te preocupes, ahora mismo te ayudo y en nada conseguimos quitarla. ¿Qué están cocinando hoy? —la pregunto.

—Hoy el cocinero ha hecho puré de calabaza para un regimiento, pero huele que alimenta. ¿Qué será esta maldita mancha? Nunca había visto nada igual.

Cojo un trapo y un cubo de agua, mientras me agacho junto a la doncella para limpiar la dichosa mancha. Al verla, mi mente se paraliza y no puedo dejar de mirarla. Era una mancha de sangre, pero que, al no ser reciente, se ha oscurecido y es difícil de quitar.

—¿Estás bien? Pareciese que has visto un fantasma, chiquilla.

—Acabo de recordar que no he comprado nada para hacer de cena a mi prometido, pero algo se me ocurrirá —digo mientras comienzo a fregar el suelo con ímpetu como si no ocurriese nada.

La mancha comienza a quitarse y mi cabeza no puede dejar de dar vueltas a lo ocurrido, a la sangre de la pobre joven que estaba limpiando yo ahora mismo.

—Buenas señoritas, yo ya me retiro por hoy, que tengáis un buen día —dice un joven que sale de la parte interna de la cocina.

Debe de ser el cocinero, el hombre que vi anoche con Macarena. Es un joven mayor que yo, alto y de buena planta. Me gustaría poder hablar del tema con Macarena, pero aún no tenemos la

suficiente confianza para hablar de ello.

—Qué buen hombre. ¡Qué pena que este casado! —dice la criada mientras se levanta del suelo y recoge el cubo de agua.

—¿Casado? —pregunto asombrada.

—En efecto muchacha. Lleva ya un año casado con una jovencita del pueblo. El chico es un amor y aquí todas le queremos. Por cierto, parece que la mancha ya ha salido por fin.

Apenas se nota la sangre en el suelo. Realmente alguien que no fuese tan inocente como esta muchacha podría ver que esa mancha era un tanto inusual, más quién iba a sospechar que sería sangre de una víctima.

—Me voy a hacer la habitación del señorito Catalina, que me ha comunicado la señora que en dos días vendrá a visitarla —me dice la doncella mientras sale por la puerta de la cocina.

¿Viene el hijo de los Malton? ¿Sabrá su hijo lo que hace su madre cuando nadie la observa? Yo podría haber sido esa joven, y tan solo pensarlo, hace que se me ponga la piel de gallina.

Ya es la hora de comer, por lo que termino de limpiar la cocina y me sirvo un plato de puré en la mesa hasta que la señora almuerce y el salón se quede vacío. En ese momento, cerraré la puerta del pasadizo e intentaré que la tarde se pase rápido para poder irme a mi casa de una vez.

CAPÍTULO 16

CERRADA CON LLAVE

—Ya pueden retirarse, menos tú Catalina. Quiero hablar contigo —nos dice la señora al terminar de comer y hacer a las criadas que recojan la mesa.

—Dígame señora Malton, ¿en qué puedo ayudarla? —respondo.

—Necesito que me acompañes esta tarde al pueblo, ya que tengo que hacer unos recados. Cuando terminemos, podrás irte a casa a descansar con tu prometido —me contesta la señora.

Asiento con la cabeza y me retiro terminando de recoger lo que queda en la mesa. Normalmente a esta hora el salón se suele quedar vacío, pero he de tener cuidado de que nadie me vea. Con el anuncio de que el señorito, el hijo de los señores Malton, vendrá a la mansión en cuestión de días, la casa es un ajetreo constante. La señora nos ha pedido en varias ocasiones que dejemos todo como los chorros del oro, no quiere que nada salga a disgusto para la llegada de su hijo. Por lo que tengo entendido, los Malton solo tuvieron un hijo, el señorito Gonzalo. Estuvieron durante muchos años intentando tener descendencia, hasta que finalmente tuvieron a su único hijo. En los pasillos de los criados se habla con frecuencia del señorito. Por lo visto, se ha ganado la fama de ser un joven arisco y mujeriego, que desde la muerte de su padre apenas ha puesto un pie en esta casa. Sin embargo, de pequeño era un niño feliz y consentido que tenía todo lo que necesitaba y más. Lo cierto es que tengo cierta curiosidad por conocerle, pero visto todo lo que yo he visto, ese momento no llegará.

Cuando esta noche llegue a casa, le contaré a Felipe lo que anoche presencié y juntos decidiremos que hacer. Lo más probable es que nos vayamos del pueblo, y a pesar de que he cogido cariño a la pequeña casita en la que vivimos, sé que es lo mejor para el bien del futuro bebé.

Parece que la señora se acaba de retirar del salón, por lo que me acerco a hurtadillas procurando que nadie me vea. Los pasillos están vacíos, puesto que las criadas se encuentran en las habitaciones de la planta de los señores. Al entrar en el salón siento un escalofrío. La chimenea está encendida y hay una vela en la entrada. Me fijo en la puerta del pasadizo y, efectivamente, está entreabierta, por lo que comienzo a acercarme con disimulo hacia esa pared. He dejado la puerta del salón abierta, ya que si permaneciese cerrada levantaría sospechas. Tengo que actuar de manera rápida y eficaz. Tan solo me quedan un par de pasos para poder tocar la pared con mis propias manos y cerrar la puerta del pasadizo que yo misma abrí la pasada noche, cuando de pronto una voz a mi espalda me hace dar un salto y pegar un pequeño chillido. Me doy la vuelta y veo que es Lorenzo, el jardinero y ayudante de la señora Malton.

—Veo que te he pegado un buen susto muchacha —me dice con un tono serio e intimidador.

—Perdóneme usted —le respondo—. Estaba terminando de limpiar el salón y me empecé a encontrar indispuesta, por lo que iba a descansar un poco. Pero enseguida sigo con mis quehaceres.

El corazón se me ha acelerado y puedo escuchar cada latido de manera clara. Desde la primera vez que me crucé con este hombre algo en mi interior sentía que no era una persona de fiar. ¿Qué hacía aquí? ¿Me habrá visto? ¿Sabrá de la existencia del pasadizo?

—¿Y qué hacías exactamente en el salón? Por lo que tengo entendido, la señora os mandó que hicierais las habitaciones principales —me pregunta el jardinero.

—Ya te he dicho que estaba terminando de limpiarlo para cuando vuelva la señora —le respondo sin mirarle a la cara.

—Entiendo —me responde de manera cortante—. La señora necesita de vuestra ayuda en las habitaciones. Ve allí y ya termino yo con lo que queda del salón.

Él quería que saliese de la sala primero, pero no podía hacer eso. La puerta del pasadizo aún seguía sin estar cerrada del todo y yo me encontraba justo delante de ella, si me muevo, aunque sea un milímetro lo verá, por lo que insisto en quedarme y terminar de limpiar el salón.

Tras varios intentos sin moverme del mismo lugar, Lorenzo accede y se dirige hacia la puerta del salón. Parece que todo ha salido bien, aunque soy consciente de que el hombre sospecha algo. Su forma de hablar, de aparecer entre las sombras y de acechar a todas las doncellas nunca me ha resultado de agrado. Estoy deseando que se acabe este día y alejarme de esta maldita casa para siempre.

El jardinero se acerca a la puerta y veo el momento perfecto, en cuanto salga, me daré la vuelta y cerraré la puerta del pasadizo. Sin embargo, veo como Lorenzo en lugar de salir del salón, cierra las puertas con llaves y se queda dentro, en la misma sala que yo. Sin duda alguna mi instinto no fallaba, y le rezo a Dios que a mi hijo y a mí no nos suceda nada, por ahora.

CAPÍTULO 17

OSCURIDAD

—¿Ocurre algo señor Lorenzo? —pregunto con un hilito de voz.

El jardinero se da la vuelta y comienza a andar en mi dirección con cara de pocos amigos.

—¿Te crees que en esta casa no nos enteramos de las cosas? —me pregunta en un tono agresivo—. Se te avisó de las normas de la casa y ahora pagarás las consecuencias. Como tú, ha habido más muchachas, pero todas acabaron igual.

Justo al terminar de decir esas palabras, noté un fuerte golpe en la cabeza y debí de perder el conocimiento, pues no recuerdo como he llegado hasta donde estoy.

Tengo miedo, no sé cuánto tiempo ha pasado, ni siquiera sé si es de día o de noche. Felipe debe de estar preocupado. Al abrir los ojos, lo primero que siento es un suelo frío y húmedo. El techo y las paredes son de piedra. Ahora veo todo claro, el jardinero sabía de la existencia del pasadizo y tuvo que averiguar que yo también era conocedora de su existencia. Lo último que recuerdo fue nuestra conversación en el salón, por lo que intuyo que debe de haberme sacado inconsciente por el camino del pasadizo, ya que mover de un lado a otro un cuerpo en brazos por medio de los pasillos no pasaría desapercibido.

Hay una puerta de madera al fondo y me acerco para intentar abrirla, aunque soy consciente de que quién me ha encerrado aquí no me dejará volver a salir.

El tiempo transcurre sin piedad y por más vueltas que doy en medio de una cueva de Dios sabe dónde, no veo la salida.

Lloro, lloro como nunca antes había llorado, no quería que mi final fuese así. Mi hija, porque sé que será una hembra lo que daré a luz, no se merece este final. Mi madre siempre me decía que el día que estuviese en cinta sabría lo que es el amor hacia un hijo y podría intuir que sexo tendría. Siento que es una niña, mi hija, mi pequeña. Después de todo lo que he sufrido no me merezco acabar así, pero probablemente tampoco se lo mereciese la antigua ama de llaves, ni la joven que la señora Malton trajo arrastras la pasada noche. Más en el mundo somos presas fáciles y no podemos velar por nosotras mismas, como para velar por lo que les ocurre a las demás. El amor no siempre lo es todo. ¿Por qué si el señor Malton quería a Marcela permitió que la señora la desterrase de la mansión y apareciese muerta a los dos días?

Desde un primer momento supe que nadie regalaba nada a nadie. En el instante que Isabel Malton se presentó en mi vida para ofrecerme el trabajo tuve que haber sospechado, pero ahora es demasiado tarde. Ni siquiera sé dónde estoy, ¿estaré en una de las cuevas del pasadizo?, ¿con qué fin actuó así el jardinero?

Busco y rebusco una salida en la cueva con la poca luz que entra desde una ventana con barrotes que se encuentra en lo alto de la pared. El cansancio comienza a apoderarse mí y me tumbo en el suelo mirando al techo sin esperanza alguna. No es la primera vez que siento que mi vida puede acabar, pero si es la primera vez que he perdido toda la esperanza posible de que alguien pueda salvarme.

De pronto, comienzo a escuchar unos pasos que cada vez se aproximan más hacia la puerta. Muerta de pánico corro hacia la esquina y me siento ahí mientras le rezo a Dios por mi alma.

—Te traigo compañía —dice una voz que me resulta familiar.

Al abrirse la puerta veo a Lorenzo, el jardinero, traer medio arrastras a una joven malherida, con vendajes por todo el cuerpo y que apenas puede mantenerse en pie. La arroja a la pobre muchacha al suelo y vuelve a cerrar la puerta de un portazo.

En ese momento, me acerco corriendo hacia la joven llorando, sin saber qué está sucediendo.

—¿Qué te han hecho? —digo entre sollozos.

La joven apenas tiene fuerzas para hablar y recuesto su cabeza en mis piernas para que pueda descansar, mientras sigo llorando desconsoladamente.

Ese es el final que a mí me esperaba, el final que nunca quise tener.

Las horas siguen pasando y pasando, debe de ser ya de noche, pues la luna se puede ver a través de los barrotes de la ventana.

—Ya vienen —dice la joven atemorizada.

—¿Quién viene? —pregunto asustada.

—No dejes que te lleven a él. Es un demonio que quiere tu alma.

El desconcierto y el miedo se apoderan de mí a medida que los pasos se aproximan cada vez más rápido. La puerta se vuelve a abrir, esta vez son dos hombres que entran a la cueva y cogen a la joven arrastras para llevársela Dios sabe a dónde. A los segundos, aparece la señora Malton, vestida de negro y con un rostro serio. Entra a la cueva y cierra la puerta.

—Te lo advertí Catalina. Los sábados por la noche no se debe de salir. Él lo ve todo.

¿Él? No entiendo nada y las lágrimas vuelven a empañar mi visión.

—No sé de qué me habla señora —contesto.

—No solemos hacer esto con mujeres en cinta, por eso tú nunca fuiste parte de nuestras futuras presas. Pero te entrometiste en algo mucho más grande que tú, que nosotros, incluso que Dios.

—Le juro que yo no vi nada señora. Ni siquiera sé a quién se refiere —la respondo estremecida.

—Me viste Catalina. Me viste arrastrando el cadáver de una joven a la cocina, y él también te vio saliendo por los pasillos del pasadizo. Intentamos tenerle controlado, pero es imposible, yo también soy una esclava, ¿no lo ves? —me dice gritando.

—¿A quién se refiere señora? No logro entender nada —respondo.

—Lo verás con tus propios ojos —me contesta.

Al decirme esas palabras, me agarra de lo alto del vestido y me lleva arrastras por el pasadizo hasta llegar a la parte de atrás de la mansión, justo en donde acabé yo la pasada noche.

—Al principio, solo ocurría de manera ocasional —me dice la señora—. Intentábamos controlarlo, pero cada vez ha ido a más y más. Siempre han sido jovencitas que fuesen de su agrado, de lo contrario, él mismo llevaría a cabo la cacería. Se alimenta de ellas hasta acabar matándolas, y después soy yo la encargada de tener que deshacerme de los cuerpos.

El sonido de unos lloros interrumpe el relato de la señora.

—Ahí llega la joven —dice indicando el bosque.

En efecto, eran los dos hombres encapuchados que había visto antes trayendo arrastras a la joven muchacha.

—No la hagáis daño —grito desconsolada.

La señora me mete hacia dentro del pasadizo, pero me asomo por la pequeña ventana de la puerta de madera y observo la macabra escena. Mientras los dos hombres sujetan a la joven que

apenas puede mantenerse en pie, se comienza a acercar desde lo lejos un señor mayor de la edad de la señora, andando como si de un animal se tratase, y con las vestiduras rotas. Nunca he visto en mi vida nada que se pudiera parecer más al propio demonio.

—Aquí tiene señor Malton —dice uno de los encapuchados.

El hombre que caminaba a cuatro patas comienza a devorar sin piedad el cuerpo de la joven, sin acabar del todo con su vida. Mis ojos no pueden ver lo que estoy viendo y, por más que intento abrir la puerta, no se abre. Al rato, el ruido cesa y comienza el silencio. Me vuelvo a asomar por la ventana con barrotes y veo a la señora Malton ayudando a los dos encapuchados a cubrir el cuerpo de la joven sin vida, que Dios la tenga en su gloria.

El infierno existe y acabo de ser testigo con mis propios ojos.

CAPÍTULO 18

EL DEMONIO

Han pasado dos días y dos noches desde que presencié la brutal escena. Durante estos días no he visto a nadie, tan solo ha venido Lorenzo, el jardinero, que se ha pasado para traerme la cena ambas noches.

Aún sigo sin entender lo sucedido. El señor Malton está vivo, pero ni siquiera creo que sea un ser de este mundo. Por lo que escuché durante la estancia en la casa, Marcela quería de verdad al señor Malton, pero ¿cómo se iba a enamorar de semejante ser?

Mirando detalladamente las paredes, observo unas marcas que parecen señalar los días y hay unas veinte cruces marcadas. Tengo miedo de lo que pueda pasar.

Felipe debe de andar como loco buscándome por el pueblo, lo último que sabe de mí es que estuve sirviendo en casa de la señora y no regresé con él.

Comienzo a gritar, con la esperanza de que alguien me escuche, pero no sucede. Sin embargo, tras pasar varios minutos, la puerta se abre y veo entrar a Lorenzo, esta vez solo.

—¿Qué tal se encuentra nuestra invitada? —pregunta el jardinero con un tono de maldad.

—Pagaréis por lo que estáis haciendo, no solo conmigo, sino con las otras jóvenes —respondo enfurecida.

—¿Acaso crees que eres la primera que intenta enfrentarse a lo que está ocurriendo? Esto es algo mayor que nosotros jovencita, nadie puede pararlo —me responde.

—Vosotros matasteis a la ama de llaves e hicisteis creer a todo el mundo que el señor Malton estaba muerto. No tenéis perdón de Dios —le contesto.

—El señor Malton quería de verdad a la joven ama de llaves. Yo mismo fui testigo de sus encuentros y me encargaba de vigilar que nadie los viese. Sin embargo, el señor Malton comenzó a cambiar. Le conozco desde que éramos jóvenes, nos criamos casi juntos en el pueblo. Su familia, mucho más adinerada que la mía, le dio una educación excepcional y siempre fue un buen hombre. Quería a su mujer, pero también amaba la naturaleza y sobre todo el dinero.

Recuerdo una noche en la que el señor Malton me hizo llamar a altas horas de la madrugada. Yo acudí sin dudarle, y al llegar a su despacho pude ver con mis propios ojos multitud de joyas de oro sobre el escritorio, jamás había visto algo igual. El señor Malton me contó que había llegado a un acuerdo con unos comerciantes extranjeros. A cambio de un centenar de caballos le pagarían con unas riquezas hindúes.

El señor tan solo me enseñó aquello que alcanzó a subir desde una de las cuevas del pasadizo, pero allí dentro, había muchísimo más oro. Sin embargo, el señor comenzó a cambiar, ni si quiera era el mismo con la joven Marcela. Nadie excepto él, pudo entrar a la cueva donde se encontraba el tesoro hindú, pues el señor era muy receloso de lo que allí había, aunque tanto la señora como yo éramos conocedores de su existencia.

Por las noches, el señor se marchaba de la casa por el pasadizo hasta su cueva y permanecía ahí durante días sin atender a su mujer y a su hijo, ni siquiera veía apenas a la ama de llaves.

La señora Malton comenzó a sospechar que algo no estaba yendo bien y me encargó seguir con

disimulo al señor durante una de estas escapadas nocturnas, y así lo hice. Abrí la puerta del pasadizo y me quedé en la puerta de la cueva sin llegar a pasar. Desde ahí, pude ver con mis propios ojos como el señor Malton devoraba a la joven ama de llaves, que dos días antes había sido desterrada de la casa. Comencé a llamarle y decirle que parase, pero al subir la cabeza y mirarme, pude ver que aquel hombre de allí no era ya el señor Malton. Al verme, sacó el cuerpo de la joven sin vida al pasillo del pasadizo, cerró con llave la puerta de la cueva y se marchó.

No supimos nada de él durante semanas, aunque en los alrededores comenzaron a haber casos de jóvenes que aparecían sin vida y con mordiscos por todo el cuerpo. La señora y yo decidimos encubrir lo sucedido con la joven ama de llaves y dejamos su cuerpo en medio del camino. Al ver que el señor Malton no aparecía durante semanas, decidimos dar el comunicado de que había fallecido en un accidente y prohibimos que se mencionase su nombre de nuevo en la casa. Durante esas mismas semanas, fui a hablar con los comerciantes que le habían proporcionado las riquezas, pero no pude dar con ellos, aunque sí que pude hablar con una curandera de la zona que sabía de la existencia de tal tesoro. Me contó que el tesoro traía consigo una maldición, aquel que poseyera el mismo sería la reencarnación del diablo en la tierra. Se lo comuniqué a la señora Malton y decidimos no volver a bajar a las cuevas ni mencionar jamás nada sobre ese tesoro, pero no fue suficiente. El señor Malton volvió a aparecer, y con la ayuda de dos hombres conseguimos encerrarlo en la misma cueva en la que nos encontramos ahora. Su ansia de devorar cada vez era mayor e incontrolable, por lo que nos convertimos en esclavos del demonio y le dejábamos salir tan solo los sábados a la noche —me cuenta Lorenzo.

—¿Y ahora dónde está el señor Malton? —pregunto con miedo.

—No lo sabemos muchacha, pero tú serás su siguiente víctima. Créeme si te digo que no es mi elección, él te vio salir del pasadizo la pasada noche y no parará hasta encontrarte —tras decir esas palabras el jardinero sale de la cueva, de modo que vuelvo a quedarme encerrada de nuevo.

Recuerdo que en el monasterio apenas se mencionaba al demonio, aunque todas éramos conocedoras de su existencia. El miedo hacia su presencia nos hacía rezar día y noche para conseguir el amparo eterno de Dios. Ahora sé que es real, yo misma he sido testigo de ello. La joven Marcela no murió de una causa natural, y su destino sería mi destino.

CAPÍTULO 19

PIEDAD

Las horas siguen pasando y ya casi no puedo diferenciar el día y la noche. Echo tanto de menos a Felipe y me da tanto miedo lo que pueda pasar. De pronto, comienzo a sentir una pequeña patada en mi vientre. Debería de estar llorando de alegría, pero en su lugar lloro de pena. Sentir a mi bebé y saber que jamás podré verle la carita, que no podrá venir a este mundo, me desgarró el alma. Ni siquiera recuerdo la última vez que vi a mis pobres padres y a mi hermano, aunque ellos deben de darme por muerta tras el incendio en el convento.

—Ojalá os muráis todos malditos bastardos —escucho una voz de un hombre. Por la forma de decirlo, puedo intuir que está un poco ebrio y se encuentra muy cerca de la cueva donde me encuentro ahora mismo. El instinto de supervivencia se comienza a apoderar de mí y empiezo a gritar pidiendo auxilio.

—¿Quién anda ahí? —responde el desconocido.

—Soy la ama de llaves, estoy encerrada en la cueva —contesto y comienzo a golpear la puerta de madera.

A medida que aumento la fuerza de los golpes, comienzo a escuchar pasos acercándose hasta que finalmente se detienen y la misma voz comienza a hablarme.

—¿Quién te ha metido aquí? —me pregunta.

—No lo sé —miento—. Me desperté aturdida y la puerta no puede abrirse. Ayúdeme por piedad.

Tras decir estas palabras, la voz del desconocido me indica que me aleje de la puerta y consigue abrirla tras darla varios golpes con los pies.

—Quieta aquí —me dice el joven que se coloca en medio de la puerta.

Es un muchacho rubio, bien vestido, de manera elegante. Nunca le había visto por la zona y eso es raro, ya que no suelen venir desconocidos a la casa y menos a esta zona oculta de la vista de la mayoría.

—¿Cómo has descubierto el pasadizo? Mi madre lo tiene bien oculto de las criadas —me dice el joven.

Tras hacerme la pregunta caigo en la cuenta, es el señorito Gonzalo, el hijo de los Malton.

—Llegué aquí por casualidad y el jardinero me dejó atrapada durante varios días —respondo.

—¿Te refieres a Lorenzo? Si es un trozo de pan.

—En efecto —le digo—. Y ahora si no le importa déjeme salir, por favor.

—De eso nada señorita, si el ayudante de mi madre le dejó encerrada aquí será por algo —me responde el señorito.

Sin duda alguna, el joven de los Malton no es conocedor de lo que sucede en su casa. Debió de llegar hace unas horas, como se nos advirtió al servicio, y habrá bajado al pasadizo para escabullirse de su madre. Pero no puedo permitir que avise a la señora y me dejen encerrada de nuevo, por lo que procedo a engatusarle para poder salir de aquí.

—De acuerdo, esperaremos a que venga su madre. Pero antes, cuénteme quién es usted —pregunto de manera inocente con el fin de distraerle.

—Soy Gonzalo Malton, el hijo de los señores, aunque ahora mismo no vivo en esta casa sino en el extranjero.

—¿En qué parte del extranjero? —le pregunto.

—En la India, allí me mandó mi padre a estudiar y a hacer negocios para nuestra familia.

Ahora comienzo a hilar los hechos. Fue el señorito Gonzalo el que contacto a los hindúes con el señor Malton, y de ahí que apareciese en esta casa el tesoro maldito. Más el señorito no debe de saber de la existencia de dichas riquezas.

El joven prosigue hablando y contándome anécdotas de su vida en el extranjero sin ser muy consciente de la situación, y en un momento de descuido en el que se agacha a atarse los zapatos, aprovecho para empujarle y salir de la cueva dando un portazo y dejándole encerrado.

Comienzo a correr por el pasadizo sin saber ni siquiera por donde se puede salir. Escucho los golpes del joven que intenta salir de la cueva, pero sigo corriendo sin mirar atrás.

Ya comienzo a ver la luz de la calle, está amaneciendo, aunque aún no es de día del todo. Corro lo más rápido que puedo, pero mis pies se detienen al escuchar una voz femenina, la de la señora Malton.

—Gonzalo hijo, ¿estás aquí? Sube a casa que ya no eres un niño que pueda esconderse en los pasadizos —dice la señora en voz alta.

Isabel Malton empieza a andar en dirección a la salida del pasadizo y yo me oculto en una esquina, a escasos pasos de la salida. Ella empieza a avanzar y se posiciona delante mía sin que la vea. Es mi oportunidad de darla un golpe final y salir de aquí de una vez. Cojo un trozo de piedra que se debe de haber caído de las paredes y me levanto para abalanzarme hacia la señora, pero de pronto escucho una voz.

Es la voz de mi Felipe, mi amado, mi prometido. Se encuentra en la finca, fuera del pasadizo y me está llamando a voces.

—Catalina, ¿dónde estás? —grita desesperado.

Quiero gritar, salir y contestarle, pero la señora está enfrente y veo que se comienza a aproximar hacia él.

—¿Quién eres? ¿A quién buscas? —le pregunta la señora a mi prometido.

—Estoy buscando a Catalina, mi prometida. Debió de llegar a casa hace dos noches, pero aún no ha aparecido por aquí —le responde.

—No sé de quién me hablas —le contesta la señora.

Sin apenas darme cuenta y estando en todo momento pendiente de Felipe, siento unas manos que me atrapan por detrás y me tapan la boca.

—¿Con que creías que podrías con uno de los Malton no? —me dice la voz de un joven.

La rabia y la impotencia se apoderan de mí y comienzo a moverme e intentar dar patadas sin resultado alguno.

—Estate quieta muchacha, ¿o acaso quieres que te vea mi madre? Ella no es tan benevolente como yo y te volverá a meter en la cueva —al decirme eso me destapa la boca, aunque me sigue agarrando fuertemente.

—¿Me vas a dejar marchar? —le digo al joven.

—En cuanto termine mi madre de hablar con ese hombre serás libre y no querré volver a verte por la zona —me responde.

Pero justo cuando procedía a decirle que ese hombre era mi futuro esposo, veo como aparece el jardinero, Lorenzo, y golpea a Felipe cayendo este rendido en el suelo. El señorito me tapa la boca antes de que comience a gritar y observo como se le llevan a rastras hacia una de las cuevas

del pasadizo.

CAPÍTULO 20

QUE VOLVAMOS A VERNOS

Huyo, huyo sin rumbo alguno llorando desoladamente. No tengo ni idea de a dónde ir ni que hacer. Se lo han llevado. A Felipe, se lo han llevado. Después de todo lo que hemos pasado, hemos sufrido, se lo han llevado.

Corro y me alejo de la casa a cada zancada que doy. Pero me separo, me separo de él. Él vino a buscarme, me encontró, pero no me vio, y es mi deber ir ahora yo a buscarle. Sé lo que me puede pasar y lo que le pasará si no le salvo, es mi turno, mi momento.

Comienzo a recorrer el camino en dirección contraria mientras le pido a Dios que nos ayude. Puedo entrar al pasadizo desde la parte final, pero no tengo la llave para abrir la puerta de la cueva donde le han metido, de modo que empiezo a correr más rápido con la esperanza de que el señorito Gonzalo no se haya ido aún.

A medida que me acerco a la casa me atemorizo más y más. Pero le veo, está fuera, sentado, de modo que corro hacia él para que me ayude de nuevo.

—¿Qué haces aquí muchacha? Debiste de huir —me dice el joven.

—Necesito que me ayude una última vez, se lo suplico —le comienzo a decir entre sollozos—. El hombre que han encerrado es mi prometido y le juro por lo más sagrado que es inocente de toda culpa, el simplemente vino en mi búsqueda. No se lo haga pagar por Dios, ayúdeme.

—Cálmate muchacha, ¿le metieron en la segunda cueva no es así? —me pregunta el joven.

—¿La segunda cueva?, creo que sí, no estoy segura del todo ¿Pasa algo con esa cueva? —pregunto asustada.

—En esa cueva pasó mucho tiempo mi padre durante sus últimos meses, según me contó mi madre. Debe de haber una llave en su despacho, voy a buscarla —me dice el señorito.

Aunque una parte de mí desea con toda mi alma que Felipe esté bien, mi parte racional me hace ponerme en lo peor. Si lo que me dijo el jardinero era cierto, es probable que la cueva donde se encuentre ahora mismo Felipe sea aquella donde se encuentra el tesoro hindú. Tan solo lleva ahí como mucho una hora, no es posible que se haya convertido en lo mismo que el señor Malton.

Espero, sentada, fuera del pasadizo al señorito Gonzalo que llegue con la llave. Por una parte, me gustaría contarle todo lo que en su familia sucede, pero por otra parte pienso que si no ve con sus propios ojos a su padre no podrá creerme. Para él su padre murió y no conoce más verdad que aquella que su madre le contó.

En el fondo también me da pena la señora Malton, pues es una esclava eterna de su marido. Es ella la que se encarga de encubrir las muertes de las víctimas de su esposo y no debe de ser una tarea fácil. Para ella, el señor Malton también falleció de algún modo.

—Tengo la llave muchacha —me dice Gonzalo corriendo hacia mí.

—Muchísimas gracias señorito, le estaré eternamente agradecida —le digo mientras le cojo de las manos.

La llave es antigua y pesada, de color marfil. Nos acercamos hacia la puerta de la cueva, aunque una parte de mí tiene miedo del estado en el que se pueda encontrar mi prometido.

—¿Felipe? Soy yo Catalina, ahora mismo te sacamos de ahí —le digo desde el otro lado de la

puerta.

—¿Por qué no responde? —pregunta el señorito Malton.

Rápidamente agarro la llave y procedo a abrir la puerta de la cueva. Al abrirla, le veo ahí, tendido sobre el suelo, sin moverse, sin mirarme, sin venir corriendo hacia mí.

—Felipe, ven conmigo —le digo sin entrar en la cueva.

Toda la sala está cubierta de riquezas de todo tipo, objetos inimaginables que relucen por toda la sala. En efecto, jamás había visto tanto oro junto, parecía de un cuento, pero tenía algo que te hipnotizaba. No podía dejar de apartar la vista de las monedas, de los collares, de los cubiertos de oro macizo. Cada vez tenía un mayor impulso de entrar, de esparcirme entre tanta riqueza y quedarme ahí para siempre. Ni siquiera estaba mirando a Felipe, solo podía ver aquello que quería en ese momento, el tesoro.

Mis pies comienzan a moverse y desean adentrarse al interior de la cueva, y aunque pretendo evitarlo es superior a mí.

—Espera aquí, entraré yo y sacaré a tu prometido —me dice el señorito Malton agarrándome del brazo.

En ese momento entro en razón y mis pies se detienen en seco. Felipe, está ahí, en el suelo sin moverse. En cuestión de segundos me pongo en lo peor, debe de estar muerto. Siento una presión en el pecho que no se puede explicar con palabras, y me arrodillo a los pies de la puerta, sin llegar a entrar, mirando su cuerpo inmóvil mientras lloro desconsoladamente. Dios, no permitas que esto suceda, no puedo vivir sin él.

El señorito entra en la cueva y se aproxima a Felipe. Se agacha y comienza a llamarle, pero no responde. Por más que intenta hacer que reaccione es en vano.

Pasados unos segundos deja de intentar hacer que se despierte y me mira, con una mirada que lo dice todo. Mi corazón se desgarr a medida que el señorito se incorpora y se levanta en mi dirección. No hay consuelo para esto, no hay mayor castigo que verle ahí, sin vida.

Mis ojos, empapados en lágrimas no pueden dar crédito de lo que están viendo.

Sigo mirando fijamente el cuerpo de Felipe, pero de pronto, mientras Gonzalo Malton se acerca a la salida de la cueva, veo como se incorpora y se abalanza sobre el señorito comenzando a devorarlo sin piedad.

El joven Malton comienza a gritar de dolor, y yo soy incapaz ni siquiera de hablar, de reaccionar, de decirle que pare. Felipe está devorando al señorito, de igual modo que el señor Malton devoraba y mataba a las jóvenes.

—Felipe, para, le vas a matar —grito cuando por fin consigo reaccionar. Pero ya es tarde, la sangre comienza a brotar por el suelo y el cuerpo del joven deja de moverse, de intentar salvarse.

Justo en ese instante, Felipe se comienza a levantar y me mira cuando yo aún estoy de rodillas a los pies de la puerta de la cueva. Jamás podré olvidar esa mirada, esa mirada de ira, de rabia, de maldad. Esa mirada no era de mi Felipe, no era él.

Pienso en mi hijo y me levanto lo más rápido que puedo del suelo para escapar, pues de otro modo yo seré la próxima víctima.

Corro, corro como nunca antes había hecho, huyendo de mi prometido, que ya no era él. Salgo del pasadizo y escucho los pasos detrás mía de Felipe, que me persigue para darme caza. Por lo que me estuvo contando el jardinero no pueden evitarlo, es una maldición por haber estado en contacto con el tesoro.

Sin embargo, es inútil, sus pasos cada vez se escuchan más cerca y yo no puedo correr más, de modo que me paro en seco y me escondo entre los matorrales con la esperanza de que no note mi

presencia.

Él me busca, pareciese que me puede incluso oler. De una manera u otra este es mi final, porque, aunque no muera en el día de hoy, yo ya estaré muerta en vida. Mi vida sin Felipe no tiene sentido. Después de todo lo que vivimos, lo que luchamos, el futuro que estábamos construyendo juntos, el hijo que íbamos a criar... nada de eso ya ocurrirá.

Desde pequeña siempre he sido muy ilusa pero nunca he sido de fantasear. Una parte de mi desea engañarse, pensar que no está ocurriendo esto y que se le pasará, pero otra parte de mi tiene que ser consciente de lo que está pasando. Nadie se merece convertirse en semejante demonio, y muchísimo menos él.

Parece que los pasos han cesado y ha debido de alejarse, por lo que aprovecho y salgo de los matorrales cautelosamente y comienzo a correr en dirección al pueblo. Sin embargo, comienzo a dudar y el amor que siento por él es más fuerte que todo. Me detengo mientras escucho de nuevo sus pasos hacia mí. Cada vez está más cerca, puedo sentirle, hasta que finalmente noto que está detrás de mí. Voy a abrazarle, voy a abrazarle tan fuerte que recordará quien soy y a quien tengo en mi vientre y se le pasará. Pero justo cuando estaba decidida a darme la vuelta, siento los dientes de Felipe clavándose en mi espalda.

Apenas tengo tiempo de defenderme cuando ya estoy tirada sobre el suelo y él se encuentra enfrente mía impidiendo que me levante.

—Felipe, no lo hagas, no eres tú —le digo mirándole a los ojos sin poder evitar las lágrimas.

Su mirada está perdida, no me reconoce, solo siente el hambre y aproxima su boca hacia mis brazos.

—Por favor Felipe, amor mío, piensa en nuestro hijo, tu hijo —le suplico y le agarro de la mano.

En ese momento algo cambia. Felipe sube la mirada y me mira, me mira siendo él, siendo el hombre del que estoy enamorada. De sus ojos comienzan a brotar unas lágrimas y mis manos comienzan a temblar.

—¿Qué he hecho Catalina? ¿qué me está pasando? —me dice llorando desconsoladamente.

Dios dice que tenemos que ser compasivos y más con aquellos que amamos. Él no sabe que le está pasando, pero yo sí que soy consciente de lo que le ocurrirá. El hambre cada vez será mayor y no podrá controlarlo. Aunque apenas ha estado tiempo metido en esa cueva, la maldición se ha aferrado a él e irá cada vez a más.

—No es tu culpa Felipe, no es tu culpa —le respondo abrazándole y llorando de pena.

—Haz que acabe Catalina, no dejes que me convierta en un monstruo. No puedo controlarlo, puedo olerte, sentir el sabor de cada parte de tu cuerpo, es un hambre incontrolable y yo ya he probado la sangre.

—No me pidas eso por Dios, Felipe —le respondo aferrándome a él.

—Te quiero Catalina y también quiero a nuestro hijo. Háblale de mí, de nuestra historia de amor, de su padre —me responde mientras me mira a los ojos.

Le abrazo, le abrazo con la mayor fuerza posible. Ha llegado el momento y por más que me duela debo de hacerlo. Es la mayor muestra de amor que puedo hacer por él ahora mismo, no puede seguir sufriendo ni puedo permitir que se convierta en lo mismo que el señor Malton. De modo que le abrazo alrededor del cuello y mientras le digo el último te quiero entre lloros, giro su cabeza en un movimiento rápido que le deja en cuestión de segundos sin vida.

Me encuentro en medio del bosque, entre árboles de altitud casi infinita y rodeado de pájaros que cantan sin cesar. El suelo este húmedo y sobre mi cuerpo tendido está el cuerpo de Felipe sin

vida.

Recuesto su cuerpo a un lado y me levanto con las pocas fuerzas que me quedan para seguir viviendo. Tengo que enterrarlo, no puedo dejarlo en medio de la nada. Recuerdo cuando tuvimos que enterrar al desconocido de la posada, Felipe me enseñó todo lo que tenía que hacer para deshacerme de un cuerpo. Me gustaría poder enterrarle en tierra santa, pero él siempre me decía que su deseo sería poder descansar eternamente en un lugar tranquilo y solitario. Por ello, comienzo a arrastrar su cuerpo por los tobillos hasta llegar a un pequeño claro del bosque. No tengo nada con lo que cavar, por lo que empiezo a hacerlo yo misma con mis propias manos invadida por la rabia y el dolor que siento ahora mismo.

Cavo durante horas, sin cesar, liberando todos mis pensamientos y evitando mirar su cuerpo sin vida. Cuando parece que el hoyo tiene la suficiente profundidad para enterrarle por completo, paro en seco y muevo su cuerpo con esfuerzo hacia la tumba para proceder a enterrarle.

Ha pasado una hora más y parece que todo ha acabado. Me siento al lado de su tumba desconsolada y rota de dolor, mientras termino de escribir este diario. Aquí se refleja mi vida, la vida de una joven que muere en parte junto con su prometido. A partir de ahora comienza una nueva vida junto a mi hijo y alejada de todo lo que durante este tiempo me ha rodeado. No sé lo que me deparará el futuro, pero sé lo que dejo atrás. Es por ello que procedo a enterrar el diario junto a la vida de mi amado, con la esperanza de que lo vivido quede en el olvido y la maldición del tesoro no vuelva a ser descubierta.

Y si alguien diese algún día con este diario, le ruego que guarde el secreto del tesoro hindú y le pido que rece por Felipe y por mí, que volvamos a vernos, en esta vida o en la siguiente.

CAPÍTULO 21

UN CLARO DEL BOSQUE

—Clarita, ¿has visto que hora es?, tu padre debe de estar preocupado —me dice una voz que hace que vuelva a la realidad.

Es la secretaria de la hemeroteca, debe de haber pasado el tiempo sin que me dé cuenta mientras leía el diario.

—Ay se me ha ido el santo a cielo —respondo rápidamente.

—¿De dónde has sacado ese libro? —me pregunta la secretaria.

—Estaba en la estantería, ¿me dejaría usted que me lo lleve a casa? —le pregunto con la esperanza de que me deje sacarlo de este lugar.

La secretaria coge el libro y comienza a ojearlo.

—Jamás había visto este diario, debe de haberlo dejado algún lector. Llévatelo, ya que la hemeroteca no tiene conocimiento de la existencia de este .

—Muchísimas gracias —respondo sonriente—. ¿Y no tendrá por casualidad un libro en el que se registren las personas que vivieron en el 1850 o noticias de aquel entonces? —pregunto.

—Déjame mirar un segundo —me responde la secretaria.

A los pocos minutos aparece de nuevo con un censo en sus manos.

—Aquí tienes jovencita, aquí podrás encontrar todas las personas que se tiene constancia que vivieron en esa época y las noticias relevantes de aquel entonces. Sí que te ha debido de gustar este libro para que muestres tanto interés.

La respondo que sí y me despido con los libros en la mano. Mi padre debe de estar preocupado por mí por las horas que son, pero el diario tenía algo que me hacía sentir dentro de la historia.

Al llegar a casa ayudo a mi padre a terminar de hacer la cena, y al acabar entro a mi habitación.

La historia de Catalina no acababa en ningún momento, pero la curiosidad de saber que ocurrió con ella se apodera de mí.

Por ello, abro el libro del censo y comienzo a leer. Por más que busco y rebusco en ninguna parte aparece el nombre de Catalina, aunque sí que aparece el de Felipe, como hijo de Pelayo de Bobosa y fallecido en causas desconocidas. También aparecen en esa época los Malton, aunque su final tampoco fue el más agraciado posible.

Al parecer, los Malton y el servicio fueron desapareciendo poco a poco, siendo la versión oficial que fueron devorados por lobos. A los años de morir la señora Malton, la mansión fue adquirida por un extranjero que la transformó en un sanatorio. Pero, ¿qué harían con las joyas que se encontraban en la cueva? Demasiadas preguntas y pocas respuestas.

—¿Qué estás leyendo? —me pregunta una de mis hermanas al entrar a la habitación.

—Nada importante Beatriz, vete a descansar —la respondo.

—¿Puedo dormir contigo? —me pregunta con un hilito de voz.

La respondo con una sonrisa y cierro el libro mientras la hago hueco en la cama.

Ya es de día y no puedo dejar de darle vueltas a lo que leí anoche. Salgo de casa como todas las mañanas en dirección al mercado, pero esta vez cambio el rumbo y me dirijo hacia el bosque.

Durante mi camino voy recapacitando, las joyas probablemente sigan a día de hoy por el mundo y este libro es una prueba de ello, ¿y si llega a caer en malas manos? Me siento responsable de lo que he leído, por lo que decido ir hacia el claro del bosque y enterrar el libro de igual modo que hizo Catalina.

Ella quería cerrar ese capítulo de su vida y que permaneciese junto a la tumba de su amado. No puedo saber dónde le enterró, pero sí que puedo esconder este diario de aquellos que hagan un mal uso de lo que se cuenta en él.

Por este motivo, cavo con mis propias manos un pequeño hoyo donde poder enterrarlo, al igual que hizo Catalina con su prometido. Al terminarlo, coloco el diario sobre el barro y lo tapo con cuidado para evitar que nadie lo encuentre.

Aquellos que hemos leído el diario somos conocedores de los entresijos de la vida de Catalina y como, en un claro del bosque, su historia perdura eternamente.

FIN